

Relatos

Herman Melville

EL VIOLINISTA

¡De modo que mi poema es un fracaso y la fama inmortal no se ha hecho para mí! Estoy condenado a ser un don nadie por toda la eternidad. ¡Suerte intolerable!

Tomando mi sombrero, arrojé contra el suelo la crítica leída y me precipité en Broadway, donde una masa de gente entusiasmada se apiñaba camino de un circo, situado en una calle lateral cercana, circo que muy poco antes había iniciado sus funciones y el cual gozaba de fama gracias a un payaso excepcional.

Poco después mi viejo amigo Standard me abordó de una manera bastante ruidosa.

—¡Lindo encuentro, Helmstone, mi viejo!
¡Eh! Pero, ¿qué pasa? ¿Cometiste un asesinato?

¿Estás huyendo de la justicia? ¡Se te ve descompuesto!

—Entonces, ¿no lo has visto? —pregunté, refiriéndome, claro está, al comentario crítico.

—Oh, claro que sí. Estuve en la función de la mañana. Un gran payaso, te lo aseguro. Pero mira, ahí viene Hautboy. Hautboy... Helmstone.

Sin que se me diera oportunidad —o sin que sintiera la inclinación— de protestar ante un error tan mortificante, de inmediato me sentí calmado al contemplar el rostro de aquel recién llegado, a quien tan poco ceremoniosamente me habían presentado. Era corto y macizo de cuerpo, aunque de aire juvenil y animoso. Su tez, quemada de estar a la intemperie; sus ojos, sinceros, alegres y grises. Sólo su cabello indicaba que no se estaba ante un muchacho desproporcionadamente crecido, y con base en el cabello le atribuí unos cuarenta años o algo más.

—Oye, Standard —exclamó con gozo dirigiéndose a mi amigo—, ¿no vas al circo? Me dicen que el payaso no tiene igual. Venga usted también, señor Helmstone; vengan los dos. Y cuando termine la función, cenaremos un delicioso cocido y un ponche donde Taylor.

Aquel contento genuino, aquel buen humor y aquella extraordinaria expresión saludable y sincera de mi singularísima nueva amistad actuaron sobre mí como magia. Me pareció cuestión de simple lealtad humana aceptar aquella invitación venida de un corazón inconfundiblemente cordial y honrado.

Durante la función más puse atención en Hautboy que en el celebrado payaso, pues el primero constituía el verdadero espectáculo para mí. Su disfrute auténtico me llegaba al alma por ser expresión real de eso que llamamos felicidad. Parecía saborear con la lengua los chistes del payaso, como si fueran el vino más delicioso. Y expresaba su agradecimiento aplaudiendo ahora con las

manos y golpeando el piso luego con los pies. Si una de las humoradas le parecía más que buena, se volvía hacia Standard y hacia mí, por ver si compartíamos su extraordinario placer. En aquel hombre de cuarenta años tenía a un muchacho de doce, sin que ello hiciera disminuir en lo más mínimo mi respeto por él, pues todos sus actos eran tan honestos y naturales, sus expresiones y actitudes tan gráciles de bonhomía natural, que la juventud maravillosa de Hautboy adquiría una especie de aire divino e inmortal, como el de algún dios de Grecia eternamente joven.

Pero por mucho que observara a Hautboy y por mucho que admirara su talante, el humor desesperado con que había partido de casa no me había abandonado al grado de no molestarme con reapariciones momentáneas. Pero salía de aquellas recaídas y miraba apresurado a mi alrededor, a todo aquel amplio anfiteatro lleno de rostros humanos ávidamente interesados y aplaudidores.

¡Escuchen! Palmadas, golpes, hurras ensordecedoras. Todos los allí reunidos parecían enloquecidos en sus aclamaciones. ¿Y qué, me pregunté, ha causado todo esto? Pues hombre, que el payaso acababa de gesticular cómicamente con una de sus mejores muecas.

Me repetí entonces aquel sublime pasaje de mi poema en que Cletemes el argivo vindica la justicia de la guerra. Ay, me dije, si en este momento saltara al escenario y repitiera dicho pasaje; o mejor aún, recitara ante el público todo mi poema trágico ¿aplaudirían al poeta como están aplaudiendo al payaso? ¡No! Me abuchearían, acusándome de ido o de loco. Entonces, ¿qué prueba todo esto? ¿Mi engaño o su insensibilidad? Acaso ambos, pero sin duda alguna lo primero. Mas, ¿por qué lamentarse? ¿Estás buscando la admiración de quienes admiran a un bufón? Mejor trae a mientes la anécdota del ateniense que, cuando la gente lo aplaudía rabiosamente en el foro, preguntaba a

su amigo en un susurro: ¿Qué tontería he dicho?

Una vez más mis ojos recorrieron aquel circo, cayendo finalmente sobre el radiante rostro de Hautboy. Su alegría clara y honesta respondía con el desdén a mi desdén y mi orgullo intolerante sufrió un golpe, aunque Hautboy ignorara qué reproche mágico significaba su rostro reidor para un alma como la mía. En el momento mismo de estar sintiendo yo el dardo de la censura, sus ojos brillaron, su mano hizo un gesto y su voz se elevó en jubiloso deleite cuando el inagotable payaso concluía otra más de sus gracias.

Terminado el circo, fuimos a Taylor. En medio de una multitud nos sentamos a una de las mesas de mármol, para saborear nuestro cocido y nuestros ponches. Hautboy se había acomodado frente a mí. Aunque su anterior hilaridad se encontraba muy atenuada ya, su rostro seguía brillando de gozo, si bien ahora se presentaba en él un rasgo hasta hace poco no

muy sobresaliente: una cierta expresión serena de bienestar profundo y calmado. En este hombre se daban la mano el sentido común y el buen humor. Según proseguía la conversación entre el enérgico Standard y Hautboy —pues yo apenas dije nada—, me sentí cada vez más sorprendido por el buen juicio que el segundo mostraba. En casi todos sus comentarios a los distintos temas abordados parecía encontrar instintivamente la línea exacta entre entusiasmo y apatía. Se veía obviamente que si bien Hautboy captaba el mundo tal y como era, en teoría no le daba apoyo ni al lado brillante ni al lado oscuro. Rechazaba todas las soluciones y sólo aceptaba los hechos. No negaba superficialmente lo que en el mundo había de triste, no menospreciaba cínicamente lo que de alegre había en él y con agradecimiento aceptaba de corazón todo lo que personalmente le parecía placentero. Por ello me parecía obvio —al menos en aquel momento— que su alegría extraordinaria no tenía como causa una

deficiencia de sentimientos o de capacidad mental.

Recordando de súbito un compromiso, Hautboy tomó su sombrero, se despidió agradablemente y se fue.

—Bien, Helmstone —preguntó Standard, que tamborileaba levemente con los dedos sobre la mesa—, ¿y qué piensas de tu nuevo conocido?

Las dos últimas palabras adquirieron un significado peculiar y distinto.

—Nuevo en verdad —repetí—. Standard, mil gracias te doy por haberme presentado a uno de los seres más singulares que haya conocido. Me era necesario ver a un hombre tal para poder creer en la posibilidad de su existencia.

—Pareces gustar de él —contestó Standard con sequedad irónica.

—Lo amo y admiro enormemente, Standard. Me gustaría ser él.

—¿Ah, sí? Lástima, pues en el mundo sólo hay un Haut-boy.

Este comentario me ensombreció de nuevo y en cierta medida reavivó mi anterior disposición de ánimo.

—Supongo —dije, mofándome con rencor— que su admirable alegría se origina por igual en una fortuna y un temperamento felices. Es obvio su gran sentido común, pero puede darse éste sin ningún otro don sublime. Antes bien, creo que en ciertos casos tener sentido común significa simplemente carecer de las otras virtudes. Con mayor razón tener alegría. Por estar desposeído de genio, Hautboy es una persona eternamente bienaventurada.

—Ah, con que no lo crees un genio extraordinario.

—¿Genio? ¿Ese hombre corto de estatura y gordo un genio? Los genios son delgados, como Casio.

—¿Ah, sí? ¿No podrías imaginar que Hautboy tuvo genio, pero que,

afortunadamente, pudo deshacerse de él y engordar?

—A un genio le es tan imposible deshacerse de su genio como curarse a un hombre enfermo de tisis galopante.

—¿Ah, sí? Hablas con mucha seguridad.

—Así es, Standard —exclamé, sintiendo crecer mi reconcomio—. Después de todo, ninguna lección puede darnos, ni a ti ni a mí, tu alegre Hautboy. Con sus capacidades normales; sus opiniones claras, por limitadas; sus pasiones dóciles a fuerza de débiles; su temperamento alegre porque con él nació, ¿cómo puede ser ejemplo adecuado para un tipo temerario como tú o para un soñador ambicioso como yo? Fuera de los límites comunes, nada lo tienta; no tiene en sí nada que necesite refrenar. Por naturaleza está libre de todo daño moral. Tu Hautboy sería un hombre por completo diferente si lo infectara la ambición, si escuchara por una vez el aplauso de la gente o tuviera que sufrir desprecios.

Conformista y calmo desde la cuna hasta la sepultura, es obvio que se va deslizando sin tropiezos por entre la multitud.

—¿Ah, sí?

—¿Por qué me respondes Ah, sí de un modo tan extraño cada vez que te contesto?

—¿Has oído hablar del maestro Betty?

—¿Aquel joven prodigio inglés que hace mucho tiempo desalojó a los Siddon y a los Kemble de Drury Lane e hizo que toda la ciudad lo aclamara rabiosamente?

—El mismo —dijo Standard, una vez más tamborileando suavemente sobre la mesa.

Lo miré perplejo. Parecía guardar con reserva misteriosa la clave de nuestra conversación; parecía estar lanzándome su maestro Betty para intrigarme aún más.

—¿Y qué carambas tiene que ver el maestro Betty, el insuperable genio y prodigio inglés de doce años, con Hautboy, este pobre norteamericano de cuarenta años, tan común y corriente, tan empeñoso?

—Oh, nada, nada en absoluto. No creo que jamás se hayan visto. Además, el maestro Betty debe estar muerto y enterrado desde hace mucho tiempo.

—Y entonces, ¿para qué cruzar el océano, para qué perturbar su tumba y para qué introducir sus restos en esta conversación de vivos?

—Distracción, supongo. Te pido perdón humildemente. Sigue con tus comentarios sobre Hautboy. Así pues, piensas que nunca poseyó genio por ser un hombre demasiado satisfecho, feliz y gordo para ello, ¿no es eso? No lo consideras un ejemplo para los hombres en general. No concedes valor al mérito pasado por alto, al genio ignorado o a la presunción impotente, eh. Los tres significan lo mismo. Y admiras su buen humor mientras que a la vez desprecias su alma vulgar. ¡Pobre Hautboy, cuan triste que tu alegría sea causa accidental del desprecio que se te muestra!

—No he dicho que lo desprecie. Eres injusto. Simplemente afirmé que Hautboy no me sirve de norma.

Un ruido súbito ocurrido a mi lado atrajo mi atención. Volviéndome, me encontré con Hautboy, quien alegremente volvía a sentarse en la silla que había abandonado tiempo atrás.

—Llegué tarde a mi cita —dijo—, así que volví corriendo a reunirme con ustedes. Pero creo que ya han estado tiempo suficiente en este sitio. Vayamos a mis habitaciones. Sólo hay que caminar cinco minutos.

—Si prometes tocar el violín para nosotros, te acompañaremos —contestó Standard.

¡Un violinista!, pensé. ¿Se trata entonces de un violinista de feria? ¿Cómo extrañarse, pues, de que el genio haya declinado para adaptarse al ritmo de un arco de violín? Mi depresión era en verdad profunda en aquel momento.

—Gustosamente tocaré hasta que se harten —respondió Hautboy a Standard—. ¡Vamos!

A los pocos minutos nos encontramos en el quinto piso de una especie de almacén, en una calle lateral a Broadway. Estaba curiosamente amueblada con todo tipo de enseres estrafalarios, se diría que comprados, de uno en uno, en subastas de moblaje de casas antiguas. Pero todo estaba limpio y era plenteramente acogedor.

Apremiado por Standard, Hautboy sacó del estuche su maltratado violín y, sentándose en un banco alto y destartalado, comenzó a tocar alegremente "Yankee Doodle" y otros aires ligeros, brillantes y desdeñosamente despreocupados. Pero pese a lo común de las tonadas, quedé anonadado por algo que de milagroso había en el estilo. Allí sentado, en aquel viejo banco, el rojo sombrero ladeado sobre la cabeza y balanceando un pie, Hautboy tocaba con el arco de un encantador. Huyó de mí todo descontento, todo vestigio de mal humor. Mi espíritu esplénico en pleno capituló ante aquel violín mágico.

—Algo de Orfeo tenemos aquí, ¿verdad? — comentó Standard, dándome pícaramente un ligero codazo en el lado izquierdo.

—Y yo soy el oso encantado —murmuré.

Cesó la música. Una vez más, con redoblada curiosidad, contemplé al indiferente y calmado Hautboy. Pero el hombre frustraba por completo cualquier intento de penetración.

Cuando, tras dejarlo, Standard y yo nos encontramos una vez más en la calle, encarecidamente le rogué que me dijera, sin cortapisas, quién era aquel maravilloso Hautboy.

—¡Pero, cómo! ¿No lo has visto tú mismo? ¿No dejaste al descubierto su anatomía en la plancha de mármol de Taylor? ¿Qué más podrías descubrir? No me cabe duda de que tu pasmosa perspicacia te ha puesto ya al tanto de todo.

—Te burlas de mí, Standard. Existe en todo esto algún misterio. ¡Por favor, te lo ruego, dime quién es Hautboy!

—Un genio extraordinario, Helmstone — dijo Standard con súbito ardor—, que en su adolescencia bebió hasta agotarlo el licor de la gloria, cuya gira de ciudad en ciudad era ir de un triunfo a otro. Una persona que hizo maravillarse a los sabios, que obtuvo las caricias de las mujeres más hermosas, que recibió el homenaje abierto de miles y miles de personas del pueblo. Y, míralo, hoy camina por Broadway sin que nadie lo reconozca. Tú, yo, el empleado que lleva prisa y la gente del ómnibus lo apartamos a codazos. Él, que en cientos de ocasiones fue coronado de laureles, viste hoy, como habrás podido ver, una chistera deslustrada. Él, en cuyos bolsillos la fortuna hizo llover oro y hojas de laurel sobre sus sienes, va hoy de casa en casa, enseñando a tocar el violín para ganarse la vida. Atosigado alguna vez por la fama, hoy vive jubilosamente sin ella. Con su genio y sin la fama, vive más feliz que un rey. Y es hoy un prodigio más grande que nunca.

—¿Y su nombre verdadero?

—Te lo murmuraré al oído.

—¿Cómo? Pero, Standard, yo mismo de niño grité su nombre en el teatro hasta quedarme ronco.

—Supe que no recibieron muy bien tu poema —me dijo Standard, cambiando de súbito el tema.

—¡Ni una palabra acerca de eso, por amor de Dios! —grité. Si Cicerón, al viajar por el Este, encontró alivio compasivo para su dolor al contemplar las áridas ruinas de una ciudad alguna vez suntuosa, ¿no quedarán mis nimios problemas en nada cuando en Hautboy contemplo cómo las vides y las rosas trepan por las derruidas columnas de su destrozado templo de la Fama?

Al día siguiente rompí todos mis manuscritos, compré un violín y comencé a tomar regularmente lecciones con Hautboy.

EL PORCHE

*Con las más bellas flores,
Mientras dure el verano y siga yo aquí, Fidele—*

Cuando me trasladé al campo, ocupé la anticuada casa de una granja, casa que no tenía porche, deficiencia ésta más de lamentar porque no sólo me gustan los porches, que de alguna manera combinan la comodidad de los interiores con la libertad de los exteriores, siendo muy placentero el examinar allí el termómetro, sino que la región es tan bella, que en época de bayas ningún muchacho trepa

colina o cruza cañada sin tropezar con caballetes asentados en todos los rincones, así como pintores ennegrecidos por el sol. Un verdadero paraíso de pintores. El círculo de las estrellas está cortado por el círculo de las montañas. Al menos, así parece desde la casa, aunque, una vez en las montañas, ningún círculo de éstas puede verse. De haberse elegido el solar ochenta pies más allá, no existiría ese anillo encantado.

La casa es vieja. Hace setenta años, en el corazón mismo de las colinas Hearth Stone tallaron la Caaba⁴, o Piedra Sagrada, a la que, cada día de Acción de Gracias, los peregrinos solían ir. Ocurrió esto hace tanto tiempo que, al cavar para los cimientos, los obreros usaron layas y hachas en su lucha contra los trogloditas de aquellas partes subterráneas:

raíces vigorosas de un bosque vigoroso, situado en lo que hoy es un largo declive de prados adormilados, que van descendiendo desde mi macizo de amapolas. De aquel bosque apretado no queda sino un sobreviviente: un olmo, caído en soledad debido a su constancia.

Quien haya construido la casa, la construyó mejor de lo que supuso; o bien Orión, en el cenit, alguna noche estrellada hizo brillar su espada de Damocles ante ese hombre y le dijo "Construye aquí". De otra manera, ¿cómo habría entrado en la mente de aquel edificador que, una vez terminado el claro, suya sería una perspectiva tan regia? Nada menos que Greylock con todas sus colinas, como si se tratara de Carlomagno entre sus pares.

Ahora bien, que una casa situada así en tal campo no tenga porche, para que desde él, quienes así lo deseen se agasajen con la vista y se tomen en el disfrute todo el tiempo del mundo, parece un descuido tan grande como el de una galería de pinturas que careciera de

banca, pues, ¿qué son los salones de mármol de esas colinas de piedra caliza sino galerías de exhibición? Galerías en las cuales, renovándose cada mes, cuelgan cuadros que se diluyen en los que vienen después. Y la belleza se parece a la piedad: no es posible correr mientras se la lee; se necesitan tranquilidad, constancia y, hoy en día, un sillón: Porque aunque, en los viejos tiempos, cuando la reverencia estaba de moda y no la indolencia, los devotos de la Naturaleza sin duda adoraban de pie —tal como, en las catedrales de aquellas épocas, lo hacían los adoradores de un Poder superior—, en estos días de fe insegura y rodillas débiles tenemos el porche y el banco de iglesia.

En el primer año de mi residencia allí, para más cómodamente presenciar la coronación de Carlomagno (de permitirlo el tiempo, lo coronaban cada amanecer y cada puesta), elegí, en un descanso de una ladera cercana, un canapé de hierba regio, un canapé de terciopelo verde con un amplio respaldo de musgo; a la

altura de la cabeza, caso bastante extraño, crecían (por cuestiones de heráldica, supongo) tres matas de violetas azules sobre un campo argentado de fresas silvestres; como dosel levanté un enrejado de madreselva. Un canapé en verdad majestuoso. Tanto que, allí, como ocurriera con la yacente majestad de Dinamarca en su jardín⁵, un taimado dolor de oído me invadió. Pero si en ocasiones abunda la humedad en la Abadía de Westminster, por ser tan antigua, ¿por qué no dentro de este monasterio de montaña, mucho más viejo?

Era necesario un porche.

La casa era amplia, mí fortuna estrecha. Así pues, imposible era el construir un porche panorámico, que diera la vuelta al edificio; aunque, en verdad, vista la cuestión desde la perspectiva de la regla y la escuadra, los carpinteros, del modo más amable, estaban

ansiosos de satisfacer mis menores deseos, he olvidado a cuánto por pie de construcción.

La prudencia me concedía lo que yo deseaba tan sólo en uno de los cuatro lados. Ahora bien ¿cuál de ellos?

Al este, ese largo campo de las colinas Hearth Stone, que se desvanece a lo lejos, hacia Quito. Cada otoño, un copillo blanco de algo indefinido mira de pronto, en las mañanas frías, desde el farallón más alto. Es la oveja recién creada por la estación, su vellocino más temprano; y luego el amanecer de Navidad, que cubre esas montañas pardas con lanas y tartanes rojizos, una vista placentera desde el porche. Una vista placentera, sí; pero al norte está Carlomagno, y no pueden preferirse las colinas de Hearth Stone cuando se tiene a Carlomagno.

Bueno, vayamos al lado sur. Allí hay manzanos. Es agradable el sentarse, una fragante mañana del mes de mayo, a contemplar el huerto, lleno de flores blancas,

como dispuesto a una boda. Y luego, en octubre, un campo verde, con enormes pilas de esferas rojas. Muy bello, lo confieso. Pero al norte está Carlomagno.

Miren ahora el lado oeste. Un pastizal en tierras altas, que se estrecha allá lejos en el bosque de arces que lo corona. Es grato, cuando abre la primavera, seguir por la ladera, en todo lo demás gris y desnuda, seguir por ella, digo, las sendas más antiguas, señaladas por las vetas de los primeros verdes. En verdad grato, no puedo negarlo. Pero al norte está Carlomagno.

Y Carlomagno ganó. Era poco después de 1848. Por alguna razón, alrededor de aquella época, y en todo el mundo, esos reyes tenían derecho al voto, y votaban por ellos mismos.

No terminaba de romperse el terreno cuando todos los vecinos, y en especial mi vecino Dives, también rompieron... pero en carcajadas. ¡Un porche con vista al norte! ¡Un porche de invierno! Desea, supongo yo, mirar la Aurora Boreal en las medianoches de

invierno. Espero que tenga buena reserva de manguitos y guantes polares.

Fue esto en el mes de marzo. No se olvidan las narices azules de los carpinteros, y cómo escarnecían la inexperiencia del ciudadano, quien deseaba su porche al norte. Pero marzo no es eterno; con paciencia, agosto llega. Y entonces, en el fresco elíseo de mi cobertizo septentrional, como Lázaro cobijado en el seno de Abraham⁶, lanzaba miradas compasivas al pobre Dives⁷, quien sufría tormentos en el purgatorio de su porche meridional.

Pero incluso en diciembre no se rechaza este porche al norte, aunque el frío muerda y haya chubascos; aunque el viento norte, como cualquier molinero, pase por la nieve volviéndola una finísima harina, porque, una

vez más, con la barba escarchada, me paseo por la resbalosa cubierta, doblando el Cabo de Hornos.

También cuando el verano, a lo Canuto⁴, aquí sentado, suele venir a mientes el mar. Pues no sólo las grandes olas mueven las espigas inclinadas, y breves ondas de pasto llegan al porche, como en una bahía, sino que los vilanos de los dientes de león flotan como rocío, y el morado de las montañas es como el morado de las olas y una tranquila luna de agosto medita sobre los ricos prados, como una calma en la línea del Ecuador. La vastedad y la soledad son tan oceánicas, siéndolo también el silencio y la uniformidad, que el primer atisbo de una casa extraña, más allá de los árboles, es para todo el mundo algo así como descubrir, en la costa de la Berbería, una vela desconocida.

Y esto me hace recordar mi viaje tierra adentro, al país de las hadas. Un viaje verdadero, pero, si visto en su totalidad, tan interesante como si lo hubiera inventado.

Desde el porche había captado algún objeto impreciso, misteriosamente cobijado, al parecer, en una especie de bolsillo morado, allá en lo alto de un hueco en forma de embudo, o ángulo hundido, en las montañas noroccidentales. Sin embargo, era imposible determinar si se encontraba en una ladera o en un pico, pues, aunque vista desde perspectivas favorables, una cima azul, que mira a la lejanía tras las otras, hablará por encima de sus cabezas, por así decirlo, y afirmará que si bien ella (la cima azul) parece hallarse entre las demás, no pertenece al grupo (¡Dios lo prohíba!) y, en verdad, hará saber que se considera —como, la verdad sea dicha, tiene todo el derecho a creer— superior a las otras por varios codos. No obstante, ciertas cadenas, aquí y allá en doble fila, como formando

pelotones, de tal manera van hombro con hombro y se siguen unas a otras, con sus formas y alturas irregulares, que, desde el porche, una montaña cercana y baja se desvanecerá, en casi todas las condiciones atmosféricas, en otra más alta y alejada. Así, un objeto, solitario en la cresta de la primera, parecerá, por todas las razones dadas, estar anidado en el flanco de la segunda. De algún modo, esas montañas juegan al escondite delante de nuestros propios ojos.

Pero, sea como fuere y en todo caso, aquel punto en cuestión se encontraba de tal manera situado, que sólo era visible, y muy vagamente, en ciertas condiciones de luz y sombra bastante embrujadoras.

A decir verdad, por un año o quizás más, no supe que existiera ese lugar; y tal vez nunca lo hubiera sabido de no ser por un hechicero atardecer de otoño, de fines del otoño, un atardecer hecho para un poeta loco. Ocurrió cuando los cambiantes bosques de arces

situados en la amplia cuenca a mis pies, perdido ya su primer tinte bermellón, humeaban sordamente, como pueblos en pavesas, las llamas expirando sobre su presa; según los rumores, aquel humo visto en el aire no era todo producto del veranillo de San Martín —que nunca se presentaba tan viciado, por suave que fuera—, sino que, en gran medida, lo traía el viento desde los lejanos bosques de Vermont, hacía semanas en fuego. No extrañe entonces que el cielo se mostrara ominoso como la caldera de Hécate⁹; dos cazadores, al cruzar un rojo campo de trigo sarraceno en rastrojo, parecían el culpable Macbeth y el condenado Banquo. Y, muy hacia el sur, como correspondía por la estación, un sol ermitaño, cobijado en la cueva de Adulam¹⁰, poco más hacía que, por reflejo indirecto de los

débiles rayos lanzados desde las nubes a través del desfiladero de Simplón, pintar estático un pequeño y redondo lunar, de color rojo, en la pálida mejilla de las colinas noroccidentales. Atraía como una señal. Era un punto de resplandor en medio de las sombras.

Allí hay unas hadas, pensé; un ruedo mágico donde las hadas danzan.

Pasó el tiempo. Al siguiente mayo, tras una lluvia ligera caída en las montañas —un breve aguacero vuelto isla en los mares brumosos de la luz solar; una lluvia lejana (y en ocasiones había dos y tres y hasta cuatro de ellas, visibles a la vez en distintos lugares) de las que me gusta mirar desde el porche, y no esas tormentas llenas de truenos que en el pasado me atraían, que envuelven al viejo Greylock como a un Sinaí, haciéndonos pensar que el atezado Moisés estuviera trepando por él entre arbustos de cicuta achicharrados; tras esa lluvia ligera, decía yo, vi un arco iris cuyo extremo más lejano descansaba justo donde, el verano

anterior, notara el lunar. Allí hay unas hadas, pensé, recordando a la vez que los arco iris hacen florecer y que, si se llega a su comienzo, una bolsa de oro nos volverá ricos. Ojalá estuviera donde comienza ese arco iris, pensé. Y en nada disminuyó mi deseo cuando, por primera vez, noté en el flanco de la montaña lo que parecía un valle pequeño o una gruta; fuera lo que fuere, brillaba como las minas de Potosí cuando se lo veía a través del arco iris. Un vecino prosaico afirmó que se trataba de algún viejo granero, abandonado, su costado caído y como fondo la cuesta. Sin haber estado allí nunca, supe que se equivocaba. A los pocos días, un amanecer alegre hizo brillar una chispa dorada en aquel mismo punto. Tan viva era la chispa, que sólo un trozo de cristal parecía capaz de producirla. Entonces el edificio —si, después de todo, tal era— no podía ser un granero y, mucho menos, encontrarse abandonado, con una paja de heno rancio echando mohos en él por diez años. No, de ser

algo construido por mano mortal, debía tratarse de una cabaña, quizá vacía y desmantelada, pero aquella primavera misma reparada y provista de vidrios de un modo mágico.

Un mediodía, otra vez en esa misma dirección, noté, sobre los borrosos remates de la verdura dispuesta en terrazas, un brillo mayor, como el de un escudo de plata puesto al sol por encima de la cabeza de una persona acucillada; ese brillo, nos ha enseñado la experiencia en casos similares, proviene necesariamente de un edificio recién tejado. Aquello me aseguró que la lejana cabaña en tierra de hadas había sido ocupada hacía poco.

A partir de entonces, un día tras otro, lleno de interés en mi descubrimiento, miraba anheloso hacia las colinas todo el tiempo que podía quitarle a mi lectura de *El sueño de una noche de verano* y de todo lo referente a Titania. En vano. O bien un ejército de sombras, una guardia imperial, de paso lento y aire solemne, desfilaba por las pendientes; o, derrotado por la

luz acosadora, huía del este al oeste, dispersándose, como en las viejas batallas de Lucifer y San Miguel; o las montañas, aunque incólumes a esas luchas falsas ocurridas en el cielo, tenían una atmósfera por otras razones desfavorables a las imágenes encantadas. Lo lamenté. Sobre todo que, enfermo, hube de retirarme a mi habitación por un tiempo, y mi habitación no daba a esas colinas.

Cuando, bastante repuesto ya, estaba sentado una mañana de septiembre en mi porche, meditando, pasaron por allí en grupo los niños del granjero, quienes venían detrás de un rebañito de ovejas, travesando, y me dijeron: "Hermoso día" —no pasaba de ser, después de todo, lo que sus padres llamaban una promesa de buen tiempo; a decir verdad, me había vuelto muy sensible a causa de la enfermedad, al grado de no soportar el ver una enredadera china por mí sembrada que, para mi deleite, tras subir por una columna del porche había reventado en flores rutilantes;

pero ahora, cuando se apartaban las hojas un poco, mostraba millones de extraños y corrosivos gusanos que, por alimentarse de aquellas flores, compartían su bendito color, volviéndolo maldito para siempre; gusanos cuyos gérmenes sin duda habían acechado en el bulbo mismo que, lleno de optimismo, plantara. Pues bien, allí estaba sentado, hundido en esa ingrata displicencia de mi enfadosa recuperación, cuando, al mirar de pronto a la lejanía, vi la dorada ventana montañesa, deslumbrante como un delfín en alta mar. Allí hay unas hadas, pensé una vez más; la reina de las hadas a su ventana encantada; o, en cualquier caso, alguna alegre montañesa; bien me hará, bien me curará de mi fastidio, el verla. Basta. Echaré al mar mi bote. ¡Ánimo pues, corazón! Vayamos al reino de las hadas, al fin del arco iris en el reino de las hadas.

Cómo llegar al reino de las hadas, por cuál senda, no lo sabía, ni nadie podía decírmelo, ni

siquiera un tal Edmund Spenser¹¹, quien había estado allí —al menos, tal me escribió—, excepto para asegurar que, para alcanzar ese reino, es necesario navegar, y hacerlo con fe. Fijé la orientación de aquellas montañas hadadas y, el primer día hermoso, cuando las fuerzas me lo permitieron, monté en mi lancha —de cuerdo y de arzón alto—, liberé amarras y a navegar me lancé, viajero libre como una hoja de otoño. Era la madrugada. Como partía hacia el occidente, iba esparciendo por delante la mañana.

Unas millas después estaba cerca de las colinas, pero fuera de su perspectiva general. No me había extraviado, pues a la orilla del camino postes dorados, como señales, indicaban, no lo dudaba yo, la ruta hacia la ventana dorada. El seguirlos me llevó a una región solitaria y lánguida, donde por las

sendas cubiertas de hierba sólo andaba un ganado soñoliento, el que, más bien perturbado por el día que despierto, parecía caminar en sueños. Rozar, no lo hacía; los seres encantados nunca comen. Al menos, tal dice don Quijote, el más sabio de los ¡sabios que haya vivido.

Seguí adelante y, finalmente, llegué al pie de la montaña prodigiosa, aunque sin ver aún el anillo mágico. Delante de mí se levantaba un pastizal. Dejando caer cinco trancas mohosas — tan húmedas en su verdor que parecían sacadas de algún barco hundido—, un viejo Aries de lana abundante, rostro alargado y cuernos enroscados vino a oliscarme; después, retrocediendo, con decoro me guió por una vía láctea de malezas blancas, más allá de Pléyades y Hespérides agrupadas indistintamente, de pequeños nomeolvides. Y me hubiera llevado adelante por su senda astral de no ser por rubias bandadas de pájaros amarillos, pilotos, sin duda, hacia la ventana dorada, que volaban a un lado y delante de mí, de arbusto en

arbusto, adentrándose en los bosques — bosques que en sí eran un señuelo— y, de alguna manera, hechizados también por la cerca, que cerraba una senda oscura que, no importa cuan oscura, subía. Seguí adelante. Aries, que renunciaba a mí por crearme un alma perdida, dio una vuelta en redondo y volvió por un camino para él más prudente. Terreno prohibitivo y prohibido... para él.

En el bosque, un camino de invierno, cubierto a todo lo largo por gaulterias. A orillas de aguas guijarrosas —incluso más alegres por solitarias, bajo las oscilantes ramas de los pinos, por ninguna estación mimados y, sin embargo, siempre verdes, continuaba mi viaje, sobre mi caballo. Adelante, por un viejo aserradero, de tal manera oprimido y acallado por las enredaderas, que no se escuchaba ya su voz chirriante; adelante, por un profundo cauce abierto por las aguas en un mármol de nieve, teñido de primavera, donde los impulsos de las avenidas habían cavado en la roca viviente, en

cada margen, capillas vacías; adelante, por donde Juan de la iglesia, como el Bautista de igual nombre, predicaba a la naturaleza; adelante, por donde una enorme roca de grano duro, hundida en helechos, mostraba los lugares en que, en tiempos ya olvidados, un hombre tras otro intentó dividirla, perdiendo sus cuñas en el esfuerzo, cuñas que seguían pudriéndose en los agujeros; adelante, por donde, a lo largo del tiempo, en los bordes escalonados de una caída de agua, se habían labrado chimeneas, huecas como cráneos, mediante el incesante movimiento de un pedernal, siempre desgastando sin desgastarse él mismo; adelante, por unos rápidos violentos que desembocaban en un estanque secreto, donde se pacificaban tras girar allí unos momentos, para seguir adelante serenos; adelante, por un terreno menos abrupto, a través de un claro donde, sin duda, bailaron hadas o donde se calentó una rueda, pues todo estaba allí desnudo; y adelante aún, hacia

arriba, hasta un jardín colgante donde, aquella mañana, con ojos de doncella me miraba una luna en creciente.

Mi caballo agachaba la cabeza. Ante él rodaban manzanas rojas, las manzanas de Eva, las llamadas "no busques más"; probó una y otra yo; sabían a tierra. Aún no estamos en el reino de las hadas, pensé, lanzando la brida hacia un encorvado y viejo árbol, que dobló una rama para asirla. Porque el camino iba ahora por donde no había senda, y nadie sino yo podía transitarlo, y ello impulsado por el atrevimiento. Avancé entre matorrales de moras que trataron de detenerme, esforzándome yo por llegar a sembradíos estériles de laurel montañoso; por pendientes resbalosas hacia alturas desnudas, donde nadie estaba a recibirme. Aún no entramos en el reino de las hadas, pensé, aunque la mañana vino antes que yo.

Muy dolorido de los pies y cansado, no alcancé entonces el final de mi viaje, pero a

poco llegué a un paso escabroso, que se hundía en regiones situadas más allá todavía. Un caminillo zigzagueante, a medias cubierto de matorrales de arándano, se perdía allí por entre los riscos. Una brecha había en sus filosos lados; de ella partía un senderillo que, trepando por aquel breve desfiladero, surgía garboso donde la cima de la montaña, en parte oculta hacia el norte por una hermana mayor, con suavidad subía por el espacio antes de precipitarse oscuramente. Y allí, entre rocas fantásticas, tras reposar en un hatillo, la senda se enroscaba, vencida a medias, hasta llegar a una cabañita gris, de un solo piso, coronada por un techo a dos aguas, como si fuera una monja.

En uno de sus lados el techo estaba muy manchado por la acción del tiempo y, cerca del enyerbado canalillo del alero, todo cubierto de velloso terciopelo; sin duda que allí fundaban musgosos prioratos los caracoles-monjes. El otro declive estaba recién tejado. Al lado norte, sin puertas y sin ventanas, las chillas, limpias

de pintura, conservaban el verde, como el lado norte de los pinos cubiertos de liquen o los cascotes, sin revestimiento de cobre, de los juncos japoneses cuando están al paio. Todo el basamento, como el de las rocas vecinas, estaba rodeado por venas oscuras del césped más rico; porque, al igual que ocurre en el reino de las hadas con las piedras de un hogar, la roca natural, aunque empleada en una casa, conserva hasta el final su poder fertilizador, como si estuviera en el campo; sólo por necesidad, cuando se derriba un edificio, pasa al pasto exterior. Al menos, tal dice Oberón, gran autoridad en cuestiones de hadas. Pero incluso haciendo de lado a Oberón, cierto es que, hasta en el mundo cotidiano, la tierra, cuando cercana a las granjas, como cuando cercana a las rocas de los pastizales, es, aunque no se haya procurado eso, más rica que unos cuantos metros más allá; así de suave y nutritivo es el calor que en ese lugar se irradia.

En lo que respecta a la cabaña, las venas oscuras eran más ricas en el frente y cerca de la entrada, donde el terreno y, en especial, el umbral de la puerta se habían ido asentando gradualmente, debido a su antigüedad.

No se veía cercado alguno, ni tampoco límites. Cerca había helechos, helechos y más helechos; un poco más allá, bosques, bosques y más bosques; más allá todavía, montañas, montañas y más montañas; después, cielo, cielo y más cielo. Tendidos en campos aéreos, pastos para la luna montañesa. Todo era naturaleza y sólo naturaleza, incluyendo la casa; y hasta un montón no muy alto de madera de abedul, apilada a la intemperie, para sazonarla, y encima de cuyos maderos plateados brotaban, como si a través de la cerca de una tumba apartada, vagabundos arbustos de frambuesa, decididos defensores de su derecho de paso.

La senda, tan delicadamente estrecha, como un caminillo para ovejas, pasaba entre helechos bien plantados. Por fin el reino de las

hadas, pensé; aquí moran Una¹ y su cordero. En verdad, una habitación pequeña, un mero palanquín, puesto en la cima, en un paso situado entre dos mundos, a ninguno de los cuales pertenecía.

Una hora sofocante, y yo con un sombrero delgado, de material amarillo, y blancos pantalones acampanados, ambas prendas reliquias de mis navegaciones por los trópicos. Atorado en los helechos silenciosos, caí suavemente, manchándome las rodillas de un verde mar.

Me detuve en el umbral o, más bien, en donde alguna vez estuvo el umbral, y vi, a través del vano de la puerta, una muchacha solitaria que cosía junto a una solitaria ventana. Una muchacha de mejillas pálidas y una ventana con manchas de moscas, con avispas en los arreglados paneles superiores. Hablé. Se

sobresaltó tímidamente, como una muchacha tahitiana que, aislada para un sacrificio, a través de las palmeras viera por primera vez al capitán Cook. Tras recuperarse, me pidió que entrara; con su mandil sacudió un taburete; luego, en silencio, volvió al suyo. Dando las gracias, me senté; y ahora, por un tiempo, también estuve mudo. Entonces, ésta es la casa en la montaña de las hadas, y ésta la reina sentada a su mágica ventana.

Me acerqué. Allá abajo, enmarcado por aquel paso en forma de túnel, como si fuera un telescopio, vislumbré un mundo lejano, borroso, azul claro. Apenas lo reconocí, aunque de él venía.

—La vista debe serle muy placentera —dije finalmente.

—Ah, señor —y en sus ojos aparecieron unas lágrimas—, la primera vez que vi por esta ventana, me dije “Nunca, nunca me cansaré de esto”.

—¿Y qué la ha cansado ahora?

—No lo sé —y una lágrima cayó—. No es el paisaje, es Mariana.

Hace algunos meses su hermano, de apenas diecisiete años, había venido a esos lugares desde muy lejos, desde el otro lado, para cortar leña y volverla carbón; ella, su hermana mayor, lo acompañó. Huérfanos eran desde hacía mucho tiempo y, ahora, únicos habitantes de aquella casa solitaria en las montañas. Ningún huésped venía, ningún viajero pasaba. Sólo en ciertas temporadas los vagones de carbón utilizaban aquella senda zigzagueante, peligrosa. El hermano se ausentaba todo el día y, en ocasiones, toda la noche. Cuando al anochecer volvía a casa, agotado, pronto dejaba el pobre chico su banco por la cama; tal como, finalmente, también se renuncia a eso para alcanzar un descanso más profundo. El banco, la cama, la tumba.

Silencioso estuve ante la ventana mágica mientras me contaban estas cosas.

—¿Sabe usted —dijo por fin, arrancándose a su relato— quién vive allá? Nunca he bajado a esa región, lejos de aquí, quiero decir. Esa casa, la de mármol —e indicó a la distancia en aquel paisaje de abajo—. ¿No la ve? Allí, en aquella pendiente larga, con el campo al frente y los bosques detrás; el blanco resalta sobre el azul ¿no lo nota? Es la única casa a la vista.

Miré. Al cabo de un tiempo, y para mi sorpresa, reconocí, más por la posición que por el aspecto o la descripción de Mariana, mi morada, que brillaba muy parecido a ésta de la montaña vista desde el porche. La bruma engañadora la hacía aparecer más como el palacio del rey Encantador que como una granja.

—Me he preguntado a menudo quién vive allí. Alguien feliz, desde luego. Eso pensé otra vez esta mañana.

—¿Alguien feliz? —repetí, sorprendido—. ¿Y por qué piensa eso? ¿Cree que viva allí alguien rico?

—Jamás me pregunté si rico o no. Pero tiene tal apariencia de felicidad, aunque no sepa decir por qué. Se halla tan lejos. En ocasiones me parece que la estoy soñando. Debiera verla al atardecer.

—Sin duda que el sol la dora bellamente, pero no más, tal vez, que el amanecer con esta casa.

—¿Esta casa? El sol es bueno, pero nunca dora esta casa. ¿Por qué habría de hacerlo? Esta vieja casa se pudre, y ello la vuelve sumamente musgosa. Claro, en las mañanas el sol entra por esta ventana, que estaba cancelada cuando llegamos, y que no puedo mantener limpia, haga lo que haga; y quema casi, y casi me ciega cuando coso, aparte de inquietar a las moscas y a las avispas; moscas y avispas como sólo se las conoce en las casas solitarias de las montañas. Mire aquí esta cortina —este delantal— con la que trato de mantenerlo fuera. Desteñido, ¿lo ve? ¿Dorar el sol esta casa? Mariana nunca vio tal cosa.

—Porque cuando el tejado está lo más dorado, usted se encuentra recogida dentro.

—¿Quiere decir en la hora más cálida y sofocante del día? Señor, el sol no dora este tejado. De tal manera gotea, que mi hermano tejó todo un lado. ¿No lo vio? El lado norte, donde el sol golpea más sobre lo que la lluvia ha mojado. Este sol es bueno; pero el techo primero abrasa y luego se pudre. Una casa vieja. Quienes la construyeron se fueron al Oeste, donde, se dice, murieron hace mucho. Una casa de montaña. En invierno, ni los zorros se cobijarían en ella. Esa chimenea se ha bloqueado con la nieve, como un tocón hueco.

—Tiene usted extrañas fantasías, Mariana.

—No hacen sino ser reflejo de las cosas.

—Entonces debí decir “Estas cosas son extrañas” y no “Tiene usted extrañas fantasías”.

—Como guste —y volvió a su costura.

Algo en aquellas palabras, o en aquella acción tranquila, me hizo enmudecer de nuevo. Al notar, a través de la ventana mágica, que

caía una sombra grande, como la creada por un cóndor gigantesco que flotara con sus alas extendidas, en una pose de ensimismamiento, me di cuenta de que, debido a lo más profundo y definitivo de su tono, fundía en su interior todas las sombras menores de rocas y helecho.

—Mire usted la nube —dijo Mariana.

—No, una sombra, sin duda de una nube, aunque no puedo verla. ¿Cómo lo supo? Sus ojos no han dejado la labor.

—La oscureció. Bueno, la nube se ha ido y Tray regresa.

—¿Quién?

—El perro, el perro lanudo. Al mediodía se va, por voluntad propia, para cambiar de forma; luego regresa y yace por un rato cerca de la puerta. ¿No lo ve? Tiene la cabeza vuelta hacia usted, aunque, cuando usted llegó, miraba al frente.

—Sus ojos no han abandonado esa costura. ¿De qué habla usted?

—Por la ventana, cruzando.

—¿Quiere decir esa sombra lanuda, ésa cercana? Pues sí, ahora que la observo, no deja de parecerse a un gran perro de Terranova negro. Ida ya la sombra invasora, la invadida regresa. Pero no alcanzo a ver qué la produce.

—Para eso, necesita salir.

—Sin duda una de esas rocas llenas de hierba.

—¿Ve usted la cabeza, la cara?

—¿De la sombra? Habla como si usted la viera, y ha tenido todo el tiempo los ojos en el trabajo.

—Tray lo está mirando —y sin levantar la vista, agregó—; ésta es su hora; lo veo.

—Entonces, ¿tanto tiempo lleva sentada a esta ventana, por la que sólo pasan nubes y vapores, que, para usted, las sombras son objetos, aunque hable de ellos como fantasmas? ¿Tan familiares le son que, por medio de una especie de sexto sentido, puede, sin mirarlos, decir dónde están, aunque, como si tuvieran patas de ratoncillo, a hurtadillas andaran y

fueran y vinieran? ¿Son estas sombras sin vida, para usted, como amigos que, aunque fuera de su vista, no lo están de su mente, ni siquiera en sus caras? ¿Ocurre así?

—Nunca lo pensé de esa manera. Pero al más amistoso de ellos, que tanto calmaba mi hastío con su fresco temblar allí entre los helechos, me lo quitaron, para jamás devolvérmelo, como ahora sucedió con Tray. La sombra de un abedul. El árbol fue herido por un rayo, y mi hermano lo cortó; usted vio la madera amontonada fuera; bajo ella están enterradas las raíces, pero no la sombra. Ésta voló para nunca volver, y nunca temblará ya en lugar alguno.

Otra nube pasó por encima, borrando una vez más al perro y oscureciendo toda la montaña. Mientras la quietud se mostraba tan aquietada, bien pudo la sordera olvidarse de sí misma o bien creer que aquella sombra silenciosa hablaba.

—No escucho, Mariana, ave ninguna, ave canora ninguna. Nada escucho. ¿Jamás vienen por aquí muchachos o pájaros a recoger bayas?

—Muy rara vez oigo pájaros; muchachos, nunca. La mayoría de las bayas madura y cae, sin que nadie, sino yo, lo sepa.

—Pero unos pájaros amarillos me enseñaron el camino, o parte de él por lo menos.

—Y luego se volvieron. Supongo que vuelan por las laderas, pero nunca anidan en la cima. Sin duda usted piensa que, por vivir aquí solitaria, por no saber nada, por no escuchar nada —o muy poco, fuera del trueno y la caída de los árboles—, por no leer nada, por hablar muy rara vez y, sin embargo, estar siempre despierta, caigo en esos pensamientos extraños —porque así los llamó—, en este hastío y en esta vigilia. Mi hermano, que se mueve y trabaja al aire libre, quisiera que pudiera descansar como él; pero mi trabajo es

mayoritariamente el de una mujer: sentarme, sentarme, sin cesar sentarme.

—Pero ¿no sale a caminar en ocasiones? Estos bosques son grandes.

—Y solitarios; solitarios de tan grandes. A veces, es cierto, al mediodía me alejo un poco, pero vuelvo en seguida. Es mejor sentirse sola al lado del hogar que al lado de una roca. Conozco las sombras que aquí me rodean; me son extrañas las de los bosques.

—¿Y las noches?

—Como los días. Pensar, pensar... una rueda que no puedo detener; y la hace dar vueltas la simple falta de sueño.

—Oí que, para ese hastío del insomnio, el decir nuestras plegarias y, luego, el posar la cabeza sobre una almohada de lúpulo fresco...

—¡Mire!

A través de la ventana mágica señaló ladera abajo, hacia un cercano jardincillo —un mero trozo de tierra removida, a medias rodeado por las rocas que le daban cobijo—,

donde, una al lado de otra, separadas unos pies, encanijadas y marchitas, dos enredaderas de lúpulo trepaban por dos varas; al llegar a las puntas se hubieran unido en un abrazo ascendente, pero los perplejos brotes, tras tantear por un tiempo en el aire, volvían al lugar de donde habían surgido.

—Así que ya probó esa almohada.

—Sí.

—¿Y orar?

—Plegarias y almohada.

—¿Y no hay alguna otra cura o encantamiento?

—¡Ah, si una vez tan sólo pudiera llegar a aquella casa y mirar al ser feliz que en ella vive! Una idea tonta: ¿por qué pienso en ella? ¿Será que vivo tan sola y nada conozco?

—Tampoco yo conozco nada y, por lo tanto, no puedo responder. Pero, en bien suyo, Mariana, mucho quisiera ser esa feliz persona de esa casa feliz que usted sueña estar viendo,

porque entonces la vería y, como usted dice, este hastío tal vez desaparecería.

Basta. Nunca ya zarpo en mi bote hacia el reino de las hadas, y me conformo con mi porche. Es mi palco real y este anfiteatro mi teatro de San Carlos. Sí, el escenario es mágico y la ilusión completa. Y madama Alondra de los Prados, mi primera dama, interpreta aquí su gran papel; y, al beber de sus notas matinales que, como Memnón¹, parecen brotar de la ventana dorada, ¡cuan lejano me parece el rostro que tras ella se encuentra!

Pero cada noche, cuando cae la cortina, la verdad llega con la oscuridad. Ninguna luz surge en la montaña. Voy y vengo por el porche, acosado por el rostro de Mariana y por muchas otras historias igualmente reales.

DANIEL ORME

Daniel Orme

[Lo que un retratista profundo como el Tiziano, o nuestro famoso compatriota Stuart, ve en cualquier rostro, lo que tal observador puede estudiar allí atentamente, eso es, en esencia, el hombre. Superfluo el intentar desenmarañar su historia verdadera de las noticias antagónicas que se escuchan. No sucede igual con nosotros, quienes somos Tizianos y Stuarts¹⁵ deficientes. En

ocasiones nos impresiona algún rasgo excepcional que de inmediato despierta nuestro interés. Pero se trata de un interés que, debido a la ignorancia, rebosa de curiosidad común y corriente. Procuramos enterarnos por alguien cuáles han sido la carrera y la experiencia de ese hombre; tal vez intentemos obtener la información de él mismo. Pero lo escuchado de otros pudiera resultar murmuraciones sin fundamento y, si a él nos acercamos, pudiera mostrarse quisquillosamente taciturno. En pocas palabras, en una mayoría de los casos viene a ser como un meteorito caído en un campo. Allí está. Los vecinos externan su opinión al respecto, y bien

pudiera tratarse de una opinión bastante extraña; pero ¿qué es? ¿De dónde vino? ¿En qué ámbito inimaginable adquirió esa extraña e ígnea apariencia metálica, ahora que el ganado paca la hierba húmeda a su alrededor?

De necesidad será imperfecto cualquier intento por describir a un personaje como el que aquí hemos sugerido. No obstante ello, es un hombre de tal descripción el que sirve de motivo a este ensayo de bosquejo.]

No siempre es verdadero el nombre que de un marino aparece en la lista de la tripulación,

ni en todos los casos indica el país de origen. Asentado esto, necesario es decir que, bajo el nombre puesto a la cabeza de este escrito, por largo tiempo vivió un hombre perteneciente a un viejo buque de guerra; con verdad absoluta puede afirmarse que de su historia primera nadie sabía nada, excepto él mismo; y allí, desde luego, era inútil buscarla. Atento como se mostraba siempre a cumplir con sus deberes, no tardó en ganarse el respeto de los oficiales. En cuanto a sus compañeros, si ninguno tenía razón para gustar de alguien tan distinto, nadie a la vez se permitía con él la menor libertad. Cualquier asomo de acercamiento, y en su mirada surgían la severidad y el rechazo.

Llegado por fin a una edad avanzada, se lo retiró como capitán de las velas, asignándosele un puesto y un grado menores; a saber, el de guardián al pie del mástil central, siendo su tarea, simplemente, aguardar el momento de apretar o soltar cabos. Pero incluso dicha tarea, debido a las guardias nocturnas, exigió al poco

tiempo demasiado esfuerzo del marino, ya septuagenario. En pocas palabras, ató su última driza y desapareció en tierra, en algún oscuro amarradero.

Fuera cual fuera su disposición de ánimo original, nunca, o al menos nunca en sus viajes posteriores, se le conoció en especial por su sociabilidad. No que se mostrara gruñón, como algún marino veterano con lumbago, ni recogidamente taciturno, como un piel roja; pero sí irritable y, con frecuencia, dado a murmurar en voz baja. En ocasiones salía con un sobresalto de aquellos soliloquios apagados, acompañando la acción con una mirada o un gesto tan peculiarmente entristecido, que la imaginación calvinista de un cierto capellán de fragata dedujo de allí una autocondena y un arrepentimiento surgidos de algún hecho terrible ocurrido en el pasado.

Era de rasgos amplios, fuertes, como fundidos en hierro; pero a consecuencia de la explosión de un cartucho, de los ojos hacia

abajo tenía el rostro cubierto de un denso punteado negriazul. Cuando, de acuerdo con la costumbre, y como encargado del mástil central, se quitaba el sombrero, para permitirse con el oficial de cubierta un diálogo menos lacónico, su frente curtida parecía una leonada luna de octubre, en cuarto creciente sobre una nube ominosa. Junto con su taciturno comportamiento ¿sería este inquietante aspecto físico, resultado de un mero accidente, sería éste, y sólo este aspecto la causa de un rumor que corría entre ciertos marinos de popa: que en tiempos pasados había sido bucanero en los Cayos y en el Golfo, miembro de la merodeadora tripulación de Lafitte¹⁷? Lo cierto es que en una ocasión había servido en un buque con patente de corso.

Aunque un tanto cargado de hombros, por su estatura se parecía al campeón de Gat¹⁸.

Tenía las manos gruesas y callosas; las uñas de los pulgares, como cuerno arrugado. Su cabeza era poderosa y de pelo hirsuto. La barba gris acero, ancha como la insignia de un comodoro, y alrededor de la boca manchada indeleblemente con el jugo de tabaco que taciturnamente le había escurrido en todos sus viajes. Cuando su guardia diurna en la cubierta inferior, se acurrucaba silenciosamente entre dos cañones negros; bien habría podido sugerir la imagen de un enorme oso gris de las sierras californianas, la piel deslucida por la edad, hosco en aquella última guarida donde aguardaba su última hora.

En, sus andanzas terrestres —cerca del mar, no muy lejos de los muelles, con techo donde pasar la noche y tareas mucho más llevaderas en todo sentido, con la posibilidad de elegir compañeros cuando así lo deseara, cosa que no sucedía muy a menudo—, perdió, felizmente, mucha de la aspereza mostrada cuando encargado del mástil central, cuando se

veía expuesto a todos los climas y su dieta consistía en cecina de caballo.

Un extraño que se le acercara cuando estuviera tomando el sol sentado en un viejo trozo de madera, en la playa, y lo saludara amablemente no recibiría una contestación ruda; y de darse algo más que un mero saludo, probablemente se iría con la impresión de haber hablado con un ser interesante, aunque peculiar; un filósofo con sal, no carente de un cierto tipo de sentido común pesimista.

Al poco de estar en tierra comenzó a notarse en sus hábitos una singularidad. En ocasiones, aunque únicamente cuando se creía totalmente a solas, apartaba la pechera de su remendado Guernsey y con detenimiento contemplaba algo en esa parte de su cuerpo. Si por casualidad lo descubrían en ello, con rapidez se tapaba y gruñendo hacía saber su resentimiento. Esta conducta peculiar despertó

la curiosidad de algunos observadores ociosos, que se alojaban con él bajo el mismo techo humilde; como ninguno de ellos tenía el valor de interrogarlo sobre la razón de aquel comportamiento, o de preguntarle qué tenía en el cuerpo, se preparó una droga como medio para descubrir el secreto. Durante la cena se la puso a hurtadillas, y en una cantidad prudente, en su enorme tazón de té. A la mañana siguiente, un viejo gaviero susurró a sus compinches el resultado de aquella lamentable intrusión nocturna.

Tras llevarlos a un rincón y mirar furtivamente alrededor, dijo: "Escuchen"; y narró una historia inquietante, seguida por conjeturas mezcladas a temblores, bastante vagas, por cierto, pero suficientes para unos cerebros supersticiosos e ignorantes. He aquí lo que en verdad había descubierto: un crucifijo añil y bermellón tatuado en aquel pecho, en el lado del corazón. Cruzaba al sesgo el crucifijo una cicatriz blancuzca larga y delgada, que

decoloraba la piel; pudiera haberla causado el golpe mal detenido o esquivado de un alfanje. Ahora bien, es usual encontrar la Cruz de la Pasión tatuada en un marino, generalmente en el antebrazo y en ocasiones, aunque raras, en el tórax. En cuanto a la cicatriz, el viejo capitán había conocido, en servicio naval legítimo, lo que significaba repeler un abordaje, no sin recibir en éste (quizás) un recuerdo de batalla. Sin embargo, los huéspedes de la pensión fueron de otra opinión respecto al descubrimiento, y por fin informaron a la dueña que aquél era una especie de hombre prohibido, un hombre marcado por el Espíritu Maligno, y que bien estaría deshacerse de él, para que el poder de la herradura clavada sobre la puerta no perdiera su fuerza y se viera reducido a la nada. Sin embargo, aquella buena mujer era una dama muy sensata, que no creía en la herradura, aunque la tolerara; y como el viejo capitán pagaba semanalmente su estancia,

nunca hacía ruido ni causaba problemas, puso oídos sordos a toda petición en su contra.

Como en su presencia siempre se ocultó prudentemente todo, el viejo marinero no tuvo por entonces conciencia de ninguna manipulación indebida. Cuando en alta mar, nunca llegó a sus oídos que algunos de sus compañeros lo creían bucanero, pues en los ángulos de su boca había un tranquilo gesto leonino que decía: déjenme tranquilo. Por tanto, ignoraba ahora que el mismo rumor lo había seguido a tierra. De haber tenido hábitos sociales, socialmente habría sentido el efecto de aquello y en vano habría buscado la causa. Algún informe equivocado, tuviera o no bases, como en algunos casos de eso que los marinos llaman una tempestad seca: durante ella no hay lluvia, truenos y relámpagos; y pese a todo, los vientos invisibles e intangibles hacen zozobrar un barco y luego se pregunta: ¿Quién lo hizo?

Así, Orme continuó su vida solitaria, sin que mayor cosa del exterior lo perturbara. Pero

los instantes del Tiempo siguen cayendo sobre la más tranquila de las horas, y aunque sea diamantina, acaban por gastarla. En su retiro nuestro gigante jubilado comienza a suavizarse y cae en una especie de decadencia animal. En las naturalezas duras y rudas, sobre todo en aquellas que, como las de marinos y granjeros, vivieron en medio de los elementos, esa decadencia animal afecta en gran manera a la memoria, sobre la cual pone una niebla; no es raro que también debilite el corazón, aparte de tal vez adormecer en mayor o menor medida la conciencia, sea ésta inocente o de otra índole.

Pero pasemos al final de nuestro bosquejo, necesariamente imperfecto.

Un hermoso día de Pascua, poco después de haberse sufrido un ramalazo de tiempo propicio al reumatismo, descubrieron a Orme, solitario y muerto, en una altura que dominaba la curva externa de aquel gran fondeadero en cuyas playas, al retirarse el mar, había anclado. Era una terraza de traza regular y suelo plano,

de utilidad en tiempos de guerra, pero olvidada en los de paz, cuando se la usaba como refugio. Allí situada se encontraba una anticuada batería de cañones herrumbrosos. Contra uno de éstos se lo encontró reclinado, las piernas estiradas al frente, la pipa de arcilla rota en dos, la tabaquera vacía, sin hebra alguna, testimoniando esto que se la había fumado hasta el final mismo de su contenido. Estaba de cara al océano. Los ojos, abiertos, mostraban en la muerte una mirada vital fija en las aguas brumosas y en las velas, apenas visibles, que iban y venían o se encontraban ancladas cerca de allí.

¿Cuáles habrán sido sus últimos pensamientos? Si algo de realidad cupo en los rumores que de él corrían ¿tuvieron los remordimientos, la idea de penitencia, lugar en esos pensamientos? ¿O nada de eso hubo en ellos? Pensándolo bien, ¿no serían su humor cambiante, sus murmullos, sus extraños caprichos, sus arranques, sus encogimientos de

hombros y sus gestos excéntricos, no serían, decimos, sino agregados grotescos, como los lobanillos y los nudos y las distorsiones que aparecen en la corteza de algún viejo manzano nacido de casualidad en una meseta inclemente, no sólo golpeado por muchas tormentas, sino además obstaculizado en su desarrollo natural porque, casualmente echó sus primeras raíces en un terreno compacto de rocas? En pocas palabras, que al ya no rodearlo la fatalidad, terminara por ser lo que fue. Incluso de admitirse en su existencia un algo oscuro que prefirió guardar en secreto ¿qué? En muchas ocasiones tal reticencia va más en bien de los otros que en el propio. No, pensemos mejor que esa decadencia animal mencionada antes siguió ofreciéndole amistad hasta el final mismo, y que él se hundió en el sueño captando a través de la niebla de la memoria muchas escenas lejanas llenas de la belleza de este ancho mundo, sugeridas como en sueños por las aguas brumosas que ante sí tenía.

Yace enterrado junto a otros marinos a quienes, asimismo, algunos extraños cumplieron con los últimos ritos; está en un trozo de tierra solitario, cubierto de escaramujos silvestres, del que nadie cuida.

¡QUIQUIRIQUÍ! O EL CANTO DEL NOBLE GALLO BENE- VENTANO

En todas partes del mundo, muchas fogosas rebeliones han asestado duros golpes en la cabeza de ruines despotismos; muchos atroces accidentes, de locomotora y de barco, han castigado similarmente las cabezas de animosos viajeros (perdí un querido amigo en una de esas catástrofes); mis propios asuntos particulares también estaban plagados de despotismos, catástrofes y golpes en la cabeza, cuando una mañana de primavera, bien temprano, demasiado lleno de hipocondría como para dormir, salí a caminar por mi pradera de la ladera de la colina.

El aire estaba fresco y húmedo, brumoso, desagradable. El campo parecía a medio hacer, con sus jugos crudos, destemplados, empapándolo todo. Me protegí de este aire húmedo lo mejor que pude abotonando mi delgado abrigo cruzado -mi sobretodo era tan largo que sólo lo usaba en mi carro-, y clavando rencorosamente mi bastón de manzano silvestre en el suelo fangoso, curvé mi triste figura para ascender por la empinada colina. Esta forzada postura aproximó mi cabeza a la tierra, como si estuviera a punto de chocarla contra el mundo. Tomé nota del hecho, pero ante él sólo sonreí con pálida sonrisa.

Todo a mi alrededor era signo de un imperio dividido. La hierba vieja y la hierba nueva porfiaban una con otra. En las pantanosas tierras bajas, la fronda estallaba en vívido verde; más allá, en las montañas, brillantes manchas de nieve contrastaban extrañamente con las laderas bermejas; todas esas gibosas colinas parecían vacas moteadas

que tiritaban. Los bosques estaban cubiertos de ramas muertas y secas, quebradas por los tumultuosos vientos de marzo, y los árboles jóvenes que los bordeaban empezaban, recién, a mostrar el primer matiz amarillento en el ramaje naciente.

Me senté un momento en un gran tronco que se pudría cerca de la cumbre de la colina, dando la espalda a un denso bosquecillo, y mirando un amplio contorno de montañas, que encerraba una región sinuosa y variada. A lo largo de la base de la dilatada cadena de elevaciones, remoloneaba un río trémulo y febril, sobre el cual se duplicaba una corriente de chorreante bruma, que se correspondía exactamente, meandro por meandro, con su matriz inferior. Aquí y allá, jirones de vapor vagaban indolentes por el aire, como naciones o navíos abandonados o sin timón, o toallas empapadas colgadas a secar en enmarañadas sogas. A lo lejos, sobre un pueblo distante situado al borde de una bahía de llanura entre

las montañas, descansaba un gran dosel pleno de neblina, como un manto. Era el humo condensado de las chimeneas, sumado al aliento exhalado por los pobladores, que no podía dispersarse a causa de las colinas que los aprisionaban. Era demasiado pesado y sin vida para elevarse por cuenta propia; así que allí se quedaba, entre el pueblo y el cielo, tratando de ocultar a muchos hombres con paperas y a muchos niños debiluchos.

Paseé la mirada sobre la espaciosa región ondulada, sobre las montañas, sobre el pueblo, sobre algunas granjas aquí y otras allá, y sobre bosques, montecillos, arroyos, rocas, páramos; y pensé para mí: qué marca leve deja el hombre en este inmenso, enorme planeta. Y, no obstante, el planeta deja marca en él. Qué horrible accidente fue el del Ohio, donde mi buen amigo y otros treinta buenos tipos fueron desviados a la eternidad por disposición de un maquinista estúpido, que no distinguía una válvula de un tubo de caldera. Y esa otra

catástrofe ferroviaria, justo del otro lado de esas montañas, en la que dos trenes infatuados corrieron atropelladamente uno contra otro, y se encaramaron y clavaron uno en el lomo del otro; una de las máquinas fue hallada encapsulada, como pollo en el huevo, en un vagón de pasajeros del tren enemigo; y una cantidad de nobles corazones, entre ellos una novia y su novio, y un pequeño inocente, todos fueron desembarcados en la siniestra barca de Caronte, que a todos transportó, sin ningún equipaje, a una u otra fundición de hierro y escorias. Y no obstante, ¿de qué sirve quejarse? ¿Qué juez de paz entiende en estos asuntos? ¿Y de qué sirve fastidiar en cuanto a esto a los mismos cielos? ¿No son acaso los mismos cielos los que ordenan esos acontecimientos, que en otro caso no ocurrirían?

¡Ah, mundo miserable! ¿Quién va a molestarse en hacer fortuna en él, cuando no sabe cuánto tiempo podrá conservarla, a causa de los miles de burros y villanos que conducen

ferrocarriles y barcos de vapor, y muchísimas otras cosas vitales en el mundo? ¡Si por un tiempo me hicieran Dictador de Norteamérica los ahorcaría a todos! ¡Y los colgaría, arrastraría y descuartizaría; los freiría, los tostaría y los herviría; los estofaría, los asaría y los desmenuzaría, como si fueran patas de pavo... Eso haría con esos viles y bobalicones fogoneros; los mandaría a avivar el fuego en el Tártaro!

¡Grandes adelantos de la época! ¿Cuáles? ¿Llamar adelanto a la facilitación de la muerte y el asesinato? ¿Quién quiere viajar tan rápido? Mi abuelo no quería, y no era ningún tonto. ¡Oigan! Ahí llega de nuevo ese viejo dragón, ese gigantesco tábano de Moloch: ¡bufa, resopla, chilla! Ahí viene rectamente a través de los bosques primaverales, como el cólera asiático a paso rápido de camello. ¡Apártense! ¡Aquí llega el asesino contratado, el monopolizador de la muerte! ¡Juez, jurado y verdugo a la vez, cuyas víctimas siempre

perecen sin el auxilio de la religión! Doscientas cincuenta millas recorrió la fiera de hierro, aullando a través de la tierra, gritando: "¡Más, más, más!". ¡Ojalá esas cincuenta montañas se hubieran confabulado para caerle encima! Y, ya que estaban, también podrían caer encima de esa fiera menor que me acosa, mi acreedor, que aterra mi vida mucho más que cualquier locomotora: ese pillo de quijada larga que también parece correr sobre rieles, y que me apremia hasta en domingo, todo el camino de ida y vuelta a la iglesia, y viene y se sienta en mi mismo banco, y simulando la mayor cortesía me extiende el libro de oraciones abierto en el lugar adecuado, y mete su fastidiosa factura bajo mis narices en medio de mis devociones, interponiéndose entre mi salvación y yo; porque ¿cómo puede uno mantener la calma en semejante situación?

No puedo pagarle a ese hombre horrible. Sin embargo, dicen que nunca abundó tanto el dinero, que es un remedio al alcance de

cualquiera. Que me culpen si puedo conseguir un poco de esa droga, aunque nunca hubo enfermo que necesite más que yo esa medicina. Es mentira, el dinero no abunda: escarben mis bolsillos. ¡Ja! Aquí está el polvo que iba a enviarle al bebé enfermo en aquella choza, en la que vive el zanjero irlandés. Ese bebé tiene escarlatina. Y dicen que el sarampión es corriente en la región, y también la viruela y la varicela, y que la dentición de los niños es mala. Muchos de los pobrecitos, después de pasar por todo esto, mueren temprano ¡de modo que sufrieron sarampión, paperas, difteria, escarlatina, varicela, cólera morbo, diarrea estival y todo eso, en vano! ¡Ah! ¡Aquí está ese dolor agudo del reumatismo en mi hombro derecho! Lo pesqué una noche en el río del Norte, cuando, en un barco atestado, cedí mi litera a una señora enferma, y permanecí en cubierta toda la noche bajo la llovizna. ¡Este es el agradecimiento que se obtiene por la caridad! ¡Punzadas de dolor! ¡Fuera, reumatismo! ¡No

podrías comportarte peor si yo fuera un villano que asesinó a la dama, en vez de protegerla! La dispepsia también... la dispepsia también me trastorna.

¡Hola! Aquí llegan los terneros de dos años, recién soltados del corral a la pradera, después de seis meses de dieta fría. ¡Qué aspecto miserable! Es cierto que el invierno fue duro: los huesos agudos sobresalen como codos; todos acolchados por una sustancia extraña desecada sobre sus flancos como capas de panqueques. Aquí y allá les falta el pelo, y donde no están costrosos o pelados, sus cueros parecen los costados deslucidos de viejas maletas vagando por el prado.

¡Escuchen! ¡Por Júpiter! ¿Qué es eso? ¡Vean! Las mismas maletas levantan las orejas al escucharlo, se detienen y recorren con la mirada la ondulada campiña. ¡Escuchen otra vez! ¡Qué diáfano! ¡Qué musical! ¡Qué prolongado! ¡Qué triunfal canción de gracias en un canto de gallo! ¡Gloria a Dios en las alturas!

Dice exactamente estas palabras, tan claramente como jamás gallo alguno las dijo en el mundo. Vaya, vaya, estoy empezando a sentirme un poquito mejor. No estaba tan, tan brumoso, después de todo, si allá a lo lejos comienza a mostrarse el sol. Me siento más reconfortado.

¡Escuchen! ¡Ahí está otra vez! ¿Resonó alguna vez sobre la tierra un canto de gallo tan bienaventurado? Claro, estridente, lleno de coraje, de fuego, de alegría, de júbilo. Claramente dice:

"¡Nunca te rindas!". Es extraordinario, ¿no es cierto, amigos míos?

Descubrí que inadvertidamente, en mi entusiasmo, me había estado dirigiendo a los terneros de dos años, lo que demuestra cómo nuestra auténtica naturaleza se traiciona a veces de la manera más inconsciente. Porque como una criatura de dos años, como un ternero, me había comportado yo, cayendo en el resentimiento, en lo alto de una colina,

además, cuando un gallo cantando en las tierras bajas, sin capacidad de discurso razonable, sin un penique en el mundo, y pendiendo constantemente sobre él la muerte a manos de su propietario hambriento, envía a los cielos un canto como el de un poeta laureado celebrando la gloriosa victoria de Nueva Orleans.

¡Escuchen! ¡Ahí está otra vez! ¡Ese debe ser un Shangai, amigos! Ningún gallo nacido en estas tierras cantaría una melodía tan prodigiosamente alborozada. Evidentemente, amigos míos, un Shangai de la raza del emperador de la China.

Pero mis amigos los terneros, alarmados al fin por los clamorosos cantos de victoria, se dispersaban ahora agitando el aire con sus colas, brincando torpemente, poniendo de manifiesto que no se habían movido libremente durante los últimos seis meses.

¡Escuchen! ¡Otra vez! ¿De quién es ese gallo? ¿Quién puede permitirse, en esta región,

comprar un Shangai tan extraordinario? ¡Válgame Dios! ¡Me hace hervir la sangre... me siento enloquecer! ¿Qué? ¿Ponerme a saltar aquí, sobre este viejo tronco podrido, para desanquilosar mis articulaciones, y cantar también? Si hasta hace un momento estaba hundido en un pozo de penas. Y todo por el simple canto de un gallo. ¡Gallo maravilloso! Pero no nos exaltemos... Esta clase de gallo canta muy poderosamente ahora, pero recién es de mañana; veremos cómo canta al mediodía, y al caer la noche. Ahora que lo pienso, los gallos cantan casi siempre al comenzar el día. Su ímpetu no es duradero, después de todo. Sí, sí; hasta los gallos sucumben al hechizo universal de la tribulación: jubilosos al comienzo, cierran la boca al final.

"...En las hermosas mañanas, nosotros, los hermosos y vigorosos gallos iniciamos nuestros cantos con alegría; pero al llegar la noche no cantamos tanto,

porque con la noche llegan el desánimo y la locura."

El poeta pensaba en este mismo Shangai cuando escribió estos versos. Pero detengámonos. ¡Ahora canta otra vez, y su canto es diez veces más rico, más pleno, más dilatado, más estrepitosamente exultante que antes! ¡Es como escuchar la gran campana de San Pablo sonando durante una coronación! En realidad, habría que sacar esa campana, y reemplazarla con este Shangai. Su canto regocijaría a todo Londres, desde Mile End hasta Primrose Hill, y disiparía la niebla.

Bien, esta mañana tengo ganas de desayunar, como si no lo hubiera hecho desde hace una semana. Me proponía tomar sólo té y unas tostadas; pero tomaré café y unos huevos; no, mejor cerveza fuerte y una chuleta. Quiero algo sustancioso. Ah, ahí viene el tren: coches blancos, relampagueando a través de los árboles como un venero de plata. ¡Qué alegremente gorjea la tubería del vapor! ¡Qué

alegres están los pasajeros! Allá se agita un pañuelo...

Bajan a la ciudad a comer ostras, y a ver a sus amigos, y a ir al circo. Miren la bruma allá a lo lejos; qué suaves rizos y ondulaciones alrededor de las colinas, y el sol tejiendo con sus rayos entre ellas. Vean el humo azulado del pueblo, como pabellón azulado de un lecho nupcial. Qué brillante se ve el campo donde el río inundó los prados. La hierba vieja tiene que ceder paso a la nueva. Bien, este paseo me hizo bien. Ahora a casa, vamos por esa chuleta y esa botella de cerveza fuerte; cuando la haya bebido -un cuarto de cerveza-, en ese momento, me sentiré casi tan fuerte como Sansón. Sin embargo, ahora que lo pienso, ese acreedor puede venir a visitarme. Visitaré el bosque y cortaré un garrote. Por Júpiter, que lo voy a apalear si me apremia en un día como hoy.

¡Oigan! Canta nuevamente el Shangai. El Shangai dice: "¡Bravo!". El Shangai dice: "¡Apaléalo!"

¡Ah, gallo valiente!

Me sentí de raro buen ánimo toda la mañana. El acreedor vino a las once. Yo estaba leyendo *Tristram Shandy*. El flaco bribón (¡un granjero flaco, además... piénsenlo!) entró, y me encontró sentado en un sillón, con los pies en la mesa, y la segunda botella de cerveza a mano, con la mirada en el libro.

-Tome asiento -le dije-. Terminaré este capítulo, y lo atenderé. Hermosa mañana. ¡Ja, ja! ¡Esta es una hermosa broma acerca de mi Tío Toby y la viuda Wadman! ¡1a, ja, ja! Déjeme leerle esto.

-No tengo tiempo; tengo que cumplir con mis *faenas* del mediodía.

-Al demonio con sus faenas -dije-. Y no tire su tabaco viejo aquí, o lo echaré.

-¡Señor!

-¡Déjeme leerle esto acerca de la viuda Wadman! Dijo la viuda Wadman...

-Esta es mi cuenta, señor.

-Muy bien. Estrújela, ¿quiere...? Es mi hora de fumar; acérqueme una brasa del hogar, por favor...

-¡Mi factura, señor! -dijo el bribón, palideciendo de rabia y sorpresa ante mi comportamiento inusual (antes yo siempre lo rehuía con rostro pálido), pero demasiado prudente como para delatar la magnitud de su asombro. Me puso la factura delante de la nariz:- ¡Mi factura, señor!

-¡Amigo mío! -le dije-. ¡Qué mañana encantadora! ¡Qué dulce se ve el campo! Dígame ¿escuchó ese extraordinario canto de gallo esta mañana? ¡Beba un vaso de mi cerveza!

-¿*Suya*? ¡Pague sus deudas antes de ofrecer a la gente su cerveza!

-Usted cree, entonces, que propiamente hablando, yo no tengo cerveza -dijo, levantándose pausadamente-. Lo sacaré de su error. Le mostraré una cerveza más fuerte que la Varclay y Perkins.

Sin agregar más, agarré a ese acreedor insolente de la holgura de su abrigo (y como era un miserable flaco con barriga de pescado, su abrigo abundaba en holgura), lo até con un nudo marinero y, metiéndole la factura entre los dientes, lo llevé al campo abierto que rodea mi residencia.

-Jake -le dije a mi muchacho-, encontrarás una bolsa de papas pasadas bajo el tinglado. Arrástrala hasta aquí, y saca a papazos a este mendigo. Ha estado pidiéndome que le dé unas monedas, y bien sé que puede trabajar, pero es un haragán. ¡Sácalo a papazos,

Jake!

¡Bendita sea mi estrella, qué canto! El Shangai elevó un peán y *laudamus* tan perfectos, tal triunfal toque de trompetas, que mi alma resopló dentro de mí. ¡Acreedores! ¡Podría vérmelas con un ejército de ellos! ¡Evidentemente, el Shangai opinaba que los acreedores sólo vinieron al mundo para ser pateados, golpeados, machucados, apaleados,

sofocados, zurrados, batidos, ahogados, aporreados!

De nuevo en casa, cuando la exaltación de mi victoria se mitigó un poco, me puse a pensar en el misterioso Shangai. No había imaginado que lo oiría tan cerca de mi hogar. ¿Quién sería el rico caballero desde cuyo gallinero llegaba su canto? Y no lo había interrumpido como yo había supuesto que haría. Este Shangai cantaba hasta mediodía, por lo menos. ¿Cantaría el día entero? Resolví averiguarlo. Nuevamente trepé la colina. La región entera estaba bañada ahora en embriagante luz de sol. Un cálido verdor estallaba a mi alrededor. Las cuadrillas trabajaban en el campo. Las aves, otra vez llegadas del sur, cantaban animadamente en el aire. Hasta los cuervos graznaban con cierta unción, y parecían una sombra o dos, menos negros que de costumbre.

¡Oigan! ¡Ahí está el gallo! ¿Cómo describir el canto del Shangai al mediodía? Su canto del amanecer era un murmullo al lado de este. Era

el canto más poderoso, más dilatado y más extrañamente musical que haya asombrado nunca a humano mortal. Yo había escuchado a muchos gallos, algunos de ellos verdaderamente espléndidos, ¡pero este! Era tan suave y aflautado en su clamor... tan aplomado en su embeleso de exaltación... tan vasto, ascendente, turgente, encumbrado, como si surgiera de una garganta de oro, muy echada hacia atrás. No sonaba como el canto tonto, pagado de sí mismo, de esos jóvenes gallos aprendices, que no saben nada del mundo y empiezan a vivir con espíritu alegre y audaz, porque viven en miserable ignorancia de lo que puede ocurrir. Era el canto de un gallo que no cantaba irresponsablemente; el canto de un gallo que sabía un par de cosas; el canto de un gallo que había luchado en el mundo y obtenido de él lo mejor, y ahora estaba resuelto a cantar, aunque la tierra se elevara y los cielos se derrumbaran. Era un gallo sabio, un gallo

invencible, un gallo filosófico, el gallo entre los gallos.

Otra vez volví a casa lleno de ánimo revigorizado, poseído por una especie de sentimiento de audacia. Pensé en mis deudas y en otros inconvenientes, en los desafortunados alzamientos de los pobres pueblos oprimidos en el extranjero, en los accidentes de barco y de ferrocarril, y hasta en la pérdida de mi querido amigo, embargado por un sereno arrebató de desafío, que me sorprendió. Me sentía como si fuera capaz de encontrarme con la Muerte, invitarla a comer, y brindar con ella por las Catacumbas, en un puro desborde de confianza y sentimiento de seguridad universal.

Hacia el atardecer volví a la colina, para ver si el glorioso gallo se mostraba animoso desde la salida del sol hasta su ocultamiento. ¡No me hablen de Vísperas ni de toques de queda! El canto vespertino del gallo surgió de su poderosa garganta, se expandió por sobre toda la tierra, y la habitó, como Jerjes llegando de

Oriente con sus huestes aladas. Era milagroso. ¡Bendita sea mi alma, qué gallo! Esa noche se posó en su percha, pueden estar seguros, victorioso sobre el día entero, y legando los ecos de sus mil cantos a la noche.

Después de un sueño desacostumbradamente profundo y reparador, me desperté temprano, sintiéndome como un elástico de coche... ágil... elíptico... *vivaz..*, animado como hocico de esturión... y subí a saltos la colina, como una pelota. ¡Oigan! El Shangai se había levantado antes que yo. Son las aves madrugadoras las que atrapan el gusano... cantando como un clarín soplado por una máquina... vigorosamente, puro poder, puro júbilo. Desde las casas de las chacras dispersas por los campos, una multitud de otros gallos también cantaba, y sus cantos se replicaban mutuamente. Pero eran como flautines contra un trombón. El Shangai estallaba súbitamente, interrumpiendo y ahogando todos los otros cantos con su único

toque avasallador. Parecía no tener nada que ver con ninguna preocupación ajena. No le contestaba a ningún gallo: cantaba solamente por sí y para sí, en absoluta independencia y con desdén solitario.

¡Oh, gallo intrépido! ¡Oh, noble Shangai! ¡Oh, ave justamente ofrecida por el invencible Sócrates, como testimonio de su victoria final sobre la vida!

Como que estoy vivo, pensé, en este mismo bendito día iré a buscar el Shangai, y lo compraré, aunque tenga que hipotecar una vez más mi tierra.

Escuché atentamente, tratando de descubrir de dónde llegaba el canto. Pero tanto cargaba y henchía el aire, y tan copioso y rebosante era, que resultaba imposible decir de qué punto preciso provenía esa exaltación. Todo lo que pude decidir fue que provenía del Este, y no del Oeste. Entonces discutí conmigo mismo acerca de la distancia a la que puede oírse el canto de un gallo. En esta región silenciosa y

encerrada entre montañas, los sonidos son audibles a gran distancia. Además, las ondulaciones del terreno, los lindes de las montañas con las colinas y el valle inferior, producen extraños ecos, reverberaciones, multiplicaciones y acumulaciones de resonancia, muy notables cuando se las escucha, y muy sorprendentes cuando se piensa en ellas. ¿Dónde se ocultaba este intrépido Shangai, esta ave del animoso Sócrates, gallo de riña griego que murió impasible? ¿Dónde se escondía? ¿Dónde estás, noble gallo? ¡Canta una vez más, mi Bantam, mi principesco, mi imperial Shangai, mi ave del emperador de la China! ¡Hermano del Sol! ¡Primo del gran Júpiter!

¿Dónde estás? ¡Canta otra vez, y dime dónde vives!

¡Escuchen! El canto estalló, como el de la orquesta completa de todos los gallos de todas las naciones. ¿Pero de dónde venía? De por allá;

¿pero de dónde? No daba información, salvo que venía del Este.

Después del desayuno, tomé mi bastón decididamente, y bajé al camino.

Había muchas moradas señoriales esparcidas por la región, y yo no dudaba de que alguno de esos adinerados caballeros había gastado un billete de cien dólares en algún Shangai real recién importado en el "Trade Wind", o en el "White Squall", o en el "Sovereign of the Seas"; porque tenía que haber sido una intrépida nave con un intrépido nombre la que se encargó de la suerte de tan intrépido gallo. Estaba resuelto a recorrer toda la región y descubrir al noble forastero; pero pensé que no estaría mal averiguar por el camino, en las casas más humildes, si, por casualidad, tenían noticias de un Shangai recién importado, perteneciente a alguno de los caballeros que vienen de la ciudad; porque caía de maduro que ningún granjero pobre, en realidad ningún pobre de ninguna clase, podría

ser propietario de semejante trofeo oriental, de una Gran Campana de San Pablo en la garganta de un gallo.

Encontré un anciano arando en un campo próximo al camino.

-Amigo: ¿ha escuchado en los últimos tiempos un extraordinario canto de gallo?

-A ver, a ver -arrastró las sílabas-, no sé... la viuda Crowfoot tiene un gallo... y el señor Squaretoes tiene un gallo... y yo tengo un gallo, y todos cantan. Pero no sé de ninguno con un canto extraordinario.

-Que tenga buenos días -le dije secamente-. Es evidente que usted no ha escuchado el canto del gallo del emperador de la China.

Enseguida encontré otro viejo, que reparaba una antigua cerca que se había caído. Los travesaños estaban podridos, y a cada movimiento de la mano del viejo se deshacían en un polvo amarillo ocre. Mejor hubiera sido que dejase la verja en paz, o que consiguiera

materiales nuevos. Y aquí debo decir que una causa del triste hecho de que la imbecilidad prevalezca entre los granjeros más que en cualquier otra clase de gente, es que emprenden la reparación de cercas podridas, en cálido, relajante tiempo primaveral. Se trata de una empresa sin esperanzas. Una empresa laboriosa, una empresa infinita. Una empresa que rompe el corazón. Enormes esfuerzos despilfarrados en una vanidad. Porque ¿cómo puede uno hacer que cercas podridas se sostengan mediante sujeciones podridas? ¿Qué magia devolverá la vida a palos que han estado helándose y cocinándose durante sesenta inviernos y veranos consecutivos? Es este empeño miserable en rehacer cercas podridas con sus propios maderos podridos lo que lleva a tantos granjeros al manicomio.

La incipiente imbecilidad estaba claramente marcada en la cara del viejo en cuestión. A unos treinta metros delante de él se extendía una de las más infelices y

descorazonadoras cercas que yo haya visto en mi vida. Detrás, en un campo, un grupo de novillos, como poseídos por demonios, embestían continuamente esta calamitosa cerca y, dañándola aquí y allá, obligaban al viejo a interrumpir su tarea y perseguirlos para que volvieran a su sitio. Los corría enarbolando un pedazo de cerca grande como la viga de Goliat, pero liviano como el corcho. Al primer floreo se desintegraba en polvo.

-Amigo mío -dije, dirigiéndome a este deplorable mortal-, ¿ha escuchado en los últimos tiempos un extraordinario canto de gallo?

Del mismo modo podría haberle preguntado si había oído la voz de la muerte. Me echó una larga, desconcertada, melancólica e inefable mirada, y sin responderme retomó su desdichada labor.

¡Qué tonto fue, pensé, preguntar por un gallo grato y placentero a una criatura tan ingrata y desagradable!

Seguí la marcha. Ya había descendido de las alturas donde está mi casa, y en la zona baja por la que marchaba no podía escuchar el canto del Shangai que, sin duda, allí pasaba por encima de mí. Además, quizás el Shangai estaba almorzando su maíz y avena, o durmiendo la siesta, y había interrumpido su alborozo por un rato.

Al fin encontré, cabalgando por el camino, a un caballero corpulento, hasta obeso, dueño de una gran fortuna, que le había permitido comprarse recientemente unos nobles acres, y construir en ellos una noble mansión, con un apreciable gallinero, cuya fama se extendía por toda la región. Este es el propietario del Shangai, pensé.

-Señor -le dije-, perdóneme, pero soy vecino suyo, y quiero preguntarle si usted es dueño de algunos Shangai.

-Oh, sí; tengo diez Shangai.

-¡Diez! -exclamé yo, maravillado- ¿Y todos cantan?

-Muy vigorosamente; cantan todos y cada uno de ellos; no conservaría un gallo que no cantara.

-¿Va a volver, y a mostrarme esos Shangai?

-Con gusto: estoy orgulloso de ellos. Me costaron seiscientos dólares.

Mientras caminaba al lado de su caballo, se me ocurrió que quizás había confundido los cantos armoniosamente combinados de diez Shangai a coro, con el canto sobrenatural de un único Shangai.

-Señor -dije- ¿hay uno de sus Shangai que supera a todos los otros por la potencia, musicalidad y efectos inspiradores de su canto?

-Creo que todos cantan de manera muy parecida -replicó cortésmente-. En verdad, no sé si podría distinguir sus cantos entre sí.

Empecé a pensar que, después de todo, mi noble gallo podía no estar en manos de este adinerado caballero. No obstante, entramos en su gallinero, y vi sus Shangai. Permítaseme decir que hasta entonces yo nunca había visto

una de estas aves importadas. Estaba al tanto de los altísimos precios que se pagaban por ellas, sabía que eran de enorme tamaño, y había imaginado que su belleza y su brillo eran proporcionales a su tamaño y precio. Cuánta fue mi sorpresa, entonces, al ver diez monstruos color zanahoria, sin la menor pretensión a un plumaje esplendoroso. Inmediatamente decidí que mi gallo real no estaba entre esos, ni podía ser un Shangai, si es que esas gigantescas aves, carne de horca, eran auténticas muestras del verdadero Shangai.

Caminé todo el día, comiendo y descansando en una granja, inspeccionando corrales, interrogando a dueños de aves, y prestando atención a diversos cantos, pero no descubrí al misterioso gallo. En verdad, había andado y me había alejado tanto, que no podía oír su canto. Empecé a sospechar que este gallo era un mero visitante en la región, que había partido al sur en el tren de las once, y que ahora

estaba cantando y regocijándose en algún sitio en las verdosas orillas de Long Island Sound.

Sin embargo, a la mañana siguiente, al oír el toque inspirador, volví a sentir que mi sangre brincaba, volví a sentirme superior a todos los males de la vida, volví a sentirme expulsando a mi acreedor fuera de casa. Pero, descontento con la recepción que le ofrecí en su última visita, el acreedor se quedó afuera. Sin duda estaba enojado; el tonto había tomado en serio una broma inofensiva.

Pasaron varios días, durante los cuales hice varias excursiones a las regiones lindantes, buscando en vano al gallo. No obstante, seguía escuchándolo desde la colina, y a veces desde la casa, y a veces en el silencio de la noche. Si por momentos recaía en mi sombrío desánimo, al mero sonar del canto eufórico y desafiante, mi alma se volvía gallo, batía sus alas, echaba atrás su garganta y lanzaba un jubiloso reto a todo el mundo de aflicciones.

Por último, pasadas unas semanas, me vi obligado a imponer otra hipoteca sobre mi propiedad, para pagar ciertas deudas, entre otras la que me reclamaba mi acreedor, que había iniciado un juicio civil contra mí. La forma en que se me comunicó la iniciación del proceso fue de lo más insultante. Yo había estado saboreando una botella de cerveza de Filadelfia y un poco de queso Herkimer, en el apartado de la taberna del pueblo, y tras advertirle al propietario, amigo mío, que arreglaría cuentas con él cuando recibiera mi próxima letra de cambio, me dirigí hacia el colgador donde había dejado mi sombrero, para tomar un cigarro selecto que allí guardaba, y me encontré con la cédula judicial envolviendo el cigarro. Al desenvolver el cigarro, desenvolví la cédula de notificación del proceso civil, y el alguacil allí presente también se desenvolvió, con voz fuerte:

-¡Notifíquese!

Y añadió, en un murmullo: -¡Chúpese eso!

Me volví a los caballeros presentes en aquel momento en ese bar, y dije:

-Caballeros ¿es este un procedimiento honorable... digamos, un procedimiento legal para librar oficio de una demanda civil? ¡Vean!

Todos opinaron que era una acción extremadamente inelegante del alguacil, sacar ventajas de un caballero que está comiendo su queso y bebiendo su cerveza, para cometer la brutalidad de deslizarle una cédula judicial en el sombrero. Era desconsiderado; era cruel; porque al alcanzarlo la súbita conmoción casi en el instante del almuerzo, impediría la digestión adecuada del queso, que, proverbialmente, no se digiere tan fácilmente como la gelatina.

Al llegar a casa, leí el proceso, y sentí una punzada de melancolía. ¡Mundo cruel! ¡Mundo cruel! ¡Aquí estoy, un tipo tan bueno como el mejor que haya vivido... hospitalario... de corazón abierto... generoso hasta el error, y los Hados me prohíben poseer la fortuna necesaria

para bendecir la región con mi generosidad!
¡Mientras tantos ruines tacaños se revuelcan en oro ocioso, yo, corazón hidalgo, soy perseguido con demandas civiles! Incliné la cabeza sobre el pecho, y me sentí desolado, injustamente tratado, ultrajado, mal pagado... En resumen, miserable.

¡Oigan! ¡Como un clarín! ¡Sí, como el jovial estallar de un trueno cargado de campanas, llegó el canto de pura gloria y desafío! ¡Sí, dioses, cómo me levantó! ¡Derecho sobre mis piernas! ¡Más, como si anduviera sobre zancos!

¡Ah, noble gallo!

Tan claramente como un gallo puede hablar, decía: "Deja que se vaya al diablo el mundo con todo lo que contiene. Tú sé jovial, y nunca te rindas. ¿Qué es el mundo comparado contigo? ¿Qué es, sino un pedazo de barro? ¡Sé jovial!" ¡Ah, noble gallo!

-Pero, mi querido y glorioso gallo -murmuré, tras pensarlo un poco-, no se puede mandar este mundo al diablo tan fácilmente; a

uno no le resulta fácil sentirse jovial con demandas civiles en el sombrero o en la mano.

¡Oigan! El gallo otra vez. Tan claramente como puede hablar un gallo, decía: "¡Al diablo con la demanda, y al diablo con el tipo que la inició! ¡Si no tienes tierras ni dinero, ve, dale una paliza, y dile que nunca le vas a pagar! ¡Sé jovial!"

Así -a través de las imperativas intimaciones del gallo- fue que opté por el procedimiento de imponer una nueva hipoteca sobre mi propiedad; pagué todas mis deudas, fusionándolas en una obligación hipotecaria nueva. Habiendo recuperado la tranquilidad de este modo, renové mi búsqueda del noble gallo. Pero en vano, aunque lo escuchaba cada día. Comencé a pensar que este misterio encerraba una suerte de engaño; algún asombroso ventrílocuo rondaba mis establos, o mi bodega, o mi tejado, con el propósito de divertirse a mi costa. Pero no: ¿qué ventrílocuo podría emitir un canto tan heroico y celestial?

Al fin, una mañana llegó a casa cierto hombre singular que había aserrado y astillado mi leña en marzo -unas treinta y cinco cuerdas de leña-, y ahora venía por su paga. Era un hombre singular, dije. Alto y enjuto, con larga cara taciturna y, sin embargo, una mirada veladamente feliz, que contrastaba extrañamente con su expresión general. Su aire era serio, pero no deprimido.

Usaba un largo y raído abrigo gris, y un gran sombrero arruinado. Este hombre había aserrado mi leña a tanto la cuerda. Era capaz de pasarse el día entero aserrando en medio de una tormenta de nieve, sin parpadear siquiera. Jamás hablaba, a menos que se le hablara. Sólo aserraba. Sierra, sierra, sierra... nieve, nieve, nieve. El primer día que vino, traía consigo su comida, y voluntariamente se puso a comerla sentado en su banquillo en medio de la tormenta. Desde mi ventana, donde estaba leyendo la *Anatomía de la Melancolía* de Burton,

lo vi. Me precipité afuera con la cabeza desnuda.

-¡Santo Cielo! -exclamé-. ¿Qué está haciendo? Venga. ¿Esto es su almuerzo?

Tenía una buena tajada de pan viejo y otra buena tajada de carne salada, envueltos en un diario húmedo, y remojaba sus bocados mezclándolos con un puñado de nieve fresca en su boca. Llevé adentro a este hombre imprudente, lo ubiqué junto al fuego, le di un plato caliente, de cerdo con arvejas y un jarro de sidra.

-Ahora bien -le dije-, no traiga más aquí ninguno de sus almuerzos húmedos. Sin duda usted trabaja a destajo, pero la comida se la daré yo.

Expresó su reconocimiento de manera calma y orgullosa, pero no desagradecida, y despachó su comida con satisfacción para él y para mí. Me proporcionó placer percibir que apuraba su jarro de sidra, como un hombre. Le tomé más respeto. Cuando me dirigía a él por

asuntos de trabajo, junto a su banquillo, lo hacía de la manera más respetuosa y cortés. Interesado en su aspecto singular, impresionado por su admirable aplicación a su sierra -la suya era una ocupación pesada y disgustante para la mayoría de la gente- a menudo traté de colegir, a partir de lo que decía, quién era, qué clase de vida llevaba, dónde había nacido, y todo eso. Pero era un hombre callado. Venía a aserrar mi leña y comer mis almuerzos, si es que yo decidía ofrecérselos, pero no a cotorrear. Al principio me fastidió un poco su hosco silencio, dadas las circunstancias. Pero considerándolo mejor, le tomé todavía más respeto. Aumenté la consideración y la cortesía de mi trato. Llegué a la conclusión de que este hombre había vivido épocas difíciles; que ya había sufrido muchas dolorosas heridas en este mundo; que era de disposición solemne; que obedecía los preceptos de Salomón; que vivía serena, decorosa, sobriamente; y que, aunque muy

pobre, era un hombre extraordinariamente respetable. Por momentos imaginé que hasta podría ser ministro o diácono de alguna pequeña iglesia de campaña. Se me ocurrió que no sería mal proyecto presentar la candidatura de este hombre excelente a Presidente de los Estados Unidos. Resultaría un gran corrector de abusos.

Se llamaba Merrymusk. Muchas veces pensé que era un nombre muy jovial para una criatura tan poco jovial. Pregunté a la gente si conocían a Merrymusk, pero pasó algún tiempo hasta que logré averiguar algo acerca de él. Era oriundo de Maryland, y vivía desde hacía mucho tiempo en estas regiones; un hombre vagabundo, y hasta unos diez años antes, derrochador, aunque absolutamente inocente de todo crimen; capaz de trabajar duramente un mes con sorprendente sobriedad, y después gastarse toda su paga en una noche de juerga. En su juventud había sido marinero, pero desertó de su barco en Batavia, donde lo atrapó

la fiebre, y estuvo cerca de morir. Se recuperó, volvió a embarcarse, llegó a casa, encontró a todos sus amigos muertos, y se dirigió al interior del Norte, donde desde entonces se había quedado. Nueve años atrás se había casado, y tenía ahora cuatro hijos. Su esposa se había convertido en una perfecta inválida; un niño tenía tuberculosis, y los otros estaban raquíticos. El y su familia vivían en una casucha sobre un terreno árido, junto a las vías del ferrocarril, donde este pasaba cerca de la base de una montaña. Había comprado una hermosa vaca para tener abundante buena leche para sus hijos; pero la vaca murió durante una parición, y no pudo comprar otra. No obstante, su familia nunca sufrió por falta de alimentos; él trabajaba duro y se los proporcionaba.

Bien, como antes dije, este Merrymusk había aserrado mi leña y vino por su paga.

-Amigo -le dije- ¿sabe de algún caballero de por aquí que tenga a un gallo extraordinario?

Un destello relumbró en los ojos del leñador.

-No conozco ningún caballero - replicó- que tenga lo que podría ser llamado un gallo extraordinario.

Oh, pensé, este Merrymusk no es el hombre que pueda ilustrarme. Temo que nunca descubriré a ese gallo extraordinario.

Como no tenía todo el cambio para pagarle a Merrymusk, le di lo más que pude, y le dije que en un día o dos daría un paseo hasta su casa, lo visitaría y le entregaría el resto. Así, una hermosa mañana emprendí camino para cumplir con la diligencia. Me costó mucho trabajo encontrar el mejor camino a la casucha. Nadie parecía saber con precisión dónde quedaba. Se alzaba en una parte muy solitaria de la región, al pie de una montaña cubierta de un lado por un denso bosque (la llamaré Montaña de Octubre, en mérito al aspecto sobresaliente que mostraba este mes), y del otro por un pantano lleno de malezas, cortado

rectamente por las vías del ferrocarril, que exasperaba muchas veces por día a la mísera casucha con la visión de toda la belleza, rango, moda, riqueza, salud, baúles, plata y oro, telas y comestibles, novias y novios, esposas y esposos felices, que pasaban volando junto a la puerta solitaria, sin tiempo para detenerse... ¡Flash! Aquí están... y allí se van... Perdidos de vista, de punta a punta... como si esa parte del mundo hubiera sido hecha sólo para pasar por ella con la rapidez de la luz, no para habitarla. Y esto era casi todo lo que la casucha veía de lo que la gente llama "vida".

Aunque algo desorientado, yo sabía al menos en qué dirección quedaba la casucha, y proseguí la ardua caminata. Mientras avanzaba, me sorprendió escuchar al gallo misterioso cantar con más y más claridad. ¿Es posible, pensé, que un caballero dueño de un Shangai viva en una región tan aislada y melancólica? Cada vez más fuerte, cada vez más cercano, sonaba el glorioso y desafiante

clarín. Aunque puedo estar perdiendo el rastro de mi aserrador, me dije, gracias al cielo parezco hallarme en camino hacia el gallo extraordinario.

Estaba encantado con esta auspiciosa casualidad. Seguí avanzando, mientras el canto sonaba a intervalos, cada vez más invitador, más jovial, más soberbio; y el último canto venía siempre de más cerca que el anterior. Al fin, al salir de una espesura de saúcos, justo frente a mí, vi a la criatura más resplandeciente que nunca haya bendecido la vista de un hombre.

Un gallo, más parecido a un águila de oro que a un gallo. Un gallo, más parecido a un mariscal de campo que a un gallo. Un gallo, más parecido a Lord Nelson con todas sus refulgentes condecoraciones, parado en el alcázar del "Vanguard", dispuesto a entrar en batalla, que a un gallo. Un gallo, más parecido al emperador Carlomagno envuelto en su túnica en Aix-la-Chapelle, que a un gallo.

¡Qué gallo!

Era de noble tamaño, y se erguía noblemente sobre nobles patas. Sus colores eran rojo, oro y blanco. El rojo estaba sólo en la cresta, que era una cresta vigorosa y simétrica, parecida al casco de Héctor, como se lo pinta en antiguos escudos. Su plumaje era níveo, con trazos dorados. Se paseaba frente a la casucha como un par del reino, la cresta erguida, el pecho henchido, los atavíos bordados destellando a la luz. Su andar era maravilloso. Parecía un noble extranjero. Parecía un rey oriental de alguna magnífica ópera italiana.

Merrymusk se adelantó desde la puerta.

-Dígame -dije, ¿no es este el Signor Beneventano?

-¿Señor?

-Este es el gallo -dije yo, un poco confundido. La verdad es que mi entusiasmo me había hecho incurrir en un descuido necio. Había hecho una alusión ilustrada en presencia de un hombre nada ilustrado. Por consiguiente,

cuando su honesta mirada me lo hizo comprender, me sentí tonto; pero resolví el asunto declarando que este era el gallo.

Ahora bien, durante el pasado otoño yo había estado en la ciudad, y tenido la oportunidad de presenciar una representación de la Opera Italiana. En esa ópera actuaba como personaje de la realeza cierto Signor Beneventano, hombre de elevada estatura, una persona imponente, ricamente ataviada, como con un plumaje, y de un andar notablemente majestuoso y arrogante. El Signor Beneventano parecía a punto de caerse de espaldas por culpa de su extraordinaria arrogancia. Y por cierto, el paso altanero del gallo parecía el mismísimo paso teatral del Signor Beneventano.

¡Oigan! De pronto el gallo se detuvo, elevó aún más la cabeza, encrespó el plumaje y, como inspirado, lanzó el canto poderoso. La Montaña de Octubre le hizo eco; otras montañas lo mandaron de vuelta; y todavía otras más se le unieron, y el canto desbordó toda la región.

Entonces comprendí cómo fue que yo escuché el regocijante sonido desde mi alejada colina.

-¡Bendito cielo! ¿Usted es el dueño del gallo? ¿Este gallo es suyo?

-¡Es mi gallo! -dijo Merrymusk, dejando traslucir cierto furtivo júbilo por los ángulos de su cara alargada y solemne.

-¿De dónde lo sacó?

-Rompió el cascarón aquí. Yo lo crié. - ¿Usted?

¡Escuchen! Otro canto. Podría haber levantado a los fantasmas de todos los pinos y cedros derribados en la región. ¡Gallo maravilloso! Habiendo cantado, retomó la marcha, rodeado por un grupo de admiradas gallinas.

-¿Cuánto quiere por el Signor Beneventano?

-¿Señor?

-¡Por ese gallo mágico! ¿Cuánto quiere?

-No lo vendo.

-Le daré cincuenta dólares. -¡Bah!

-¡Cien!

-¡Puf!

-¡Quinientos!

-¡No!

-¿No es usted un hombre pobre?

-No. ¿Acaso no soy dueño de este gallo, y he rechazado quinientos dólares por él?

-Es verdad -dije, mientras me hundía en hondas reflexiones-, ese es un hecho. ¿No lo va a vender, entonces?

-No.

-¿Lo va a regalar? -No.

-¡De modo que lo va a conservar! -grité, en un acceso de rabia.

-Sí.

Permanecí un rato admirando al gallo, y maravillándome del hombre. Al fin, sentí una redoblada admiración por uno, y una redoblada deferencia por el otro.

-¿No va a pasar? -dijo Merry musk.

-¿Se podrá convencer al gallo para que se nos una? -repliqué.

-Sí. ¡Clarín! ¡Ven, muchacho! ¡Ven!

El gallo se volvió y se dirigió hacia Merrymusk.

-¡Vamos!

El gallo nos siguió al interior de la cabaña.

-¡Canta!

El techo vibró.

¡Oh, noble gallo!

Me volví en silencio hacia el dueño de casa.

Estaba sentado sobre un viejo cofre deteriorado, con su viejo abrigo gris estropeado, con remiendos en las rodillas y los codos, y un sombrero lamentablemente estrujado. Recorrí el lugar con la mirada. Vigas de madera desnudas sostenían el techo, pero de ellas colgaban sólidos trozos de tasajo. Piso de tierra, pero una pila de papas en un rincón, y una bolsa de harina de maíz en otro. Una manta se extendía a través de la sala, y desde detrás llegaban la voz doliente de una mujer y las voces de niños dolientes. Sin embargo, de

algún modo, en lo doliente de esas voces parecía no haber quejas.

-¿La Sra. Merrymusk y los niños? -Sí.

Miré al gallo. Se erguía majestuosamente en medio del aposento. Parecía un grande de España a quien hubiera sorprendido un aguacero, obligándolo a refugiarse bajo el cobertizo de algún campesino. Era una extraña y sobrenatural expresión de contraste. Iluminaba la cabaña; glorificaba su pobreza. Glorificaba el cofre estropeado, el abrigo gris remendado y el sombrero estrujado. Glorificaba las mismas voces que en tonos dolientes llegaban desde detrás del biombo.

-Oh, padre -exclamó un vocecita endeble-, que Clarín cante otra vez.

-Canta -exclamó Merrymusk. El gallo se puso en posición. El techo vibró.

-¿No perturba esto a la Sra. Merrymusk y a los enfermitos?

-Canta otra vez, Clarín. El techo vibró.

-¿No los perturba, entonces?

-¿No oyó que ellos mismos *lo piden*?

-¿Cómo es que a su familia enferma le gusta este canto? -dije-. El gallo es un gallo glorioso, con una voz gloriosa, pero no exactamente lo ideal para un cuarto de enfermos, se podría suponer. ¿Les gusta realmente?

-¿No le gusta a usted? ¿No le hace bien a usted? ¿No es inspirador? ¿No imparte coraje? ¿No fortifica contra la desesperanza?

-Todo cierto -dije, quitándome el sombrero con profunda humildad ante el espíritu valiente que se ocultaba bajo el abrigo ruin.

-Aunque -añadí, todavía con alguna desconfianza- un canto tan fuerte, tan maravillosamente clamoroso, podría resultar inconveniente para seres enfermos, y retardar su convalecencia.

-¡Ahora canta como nunca, Clarín!

Salté de la silla. El gallo me asustó, como si fuese un abrumador ángel del Apocalipsis. Parecía cantar sobre la caída de la perversa

Babilonia, o cantar sobre el triunfo del justo Josué en el valle de Ashkelón. Cuando recobré un poco mi compostura, una curiosidad me asaltó. Resolví satisfacerla.

-Merrymusk, ¿va a presentarme a su esposa y sus hijos?

-Sí. Mujer, el caballero quiere pasar.

-Es muy bienvenido -replicó una voz débil.

Del otro lado de la cortina, yacía un consumido, pero extrañamente animado rostro humano; y eso era casi todo; el cuerpo, oculto por un cobertor y un viejo abrigo, parecía demasiado escuálido para revelarse a través de tales impedimentos. A la cabecera del lecho se hallaba sentada, asistiéndola, una niña pálida. En otra cama yacían tres niños, uno al lado del otro: otros tres rostros pálidos.

-Oh, padre, no es que no nos guste el caballero, pero permítenos ver a Clarín, también.

A una palabra, el gallo avanzó detrás del biombo y se posó sobre la cama de los niños.

Todos los ojos consumidos lo contemplaron con un placer desbordante y espiritual. Parecían asolearse al radiante plumaje del gallo.

-Mejor que un boticario, ¿eh? -dijo Merrymusk-. Este es el mismo Dr. Gallo.

Nos apartamos de los enfermos, y volví a tomar asiento, perdido en pensamientos acerca de esta extraña familia.

-¡Usted parece un tipo gloriosamente independiente! -dije.

-Y yo no pienso que usted sea un tonto, ni lo pensé nunca. Señor, usted es una buena persona.

-¿Hay alguna esperanza de que su esposa sane? -dije, tratando modestamente de cambiar de tema.

-Ni la más mínima. -¿Y los niños? -Muy pocas.

-Debe ser una vida dolorosa, entonces, para todos. Este solitario retiro...esta cabaña... el trabajo duro... la época dura.

-¿No tengo a Clarín? El es el que nos levanta el ánimo. Canta en medio de todo; canta en lo más oscuro; continuamente canta: ¡Gloria a Dios en las alturas!

-Ese es exactamente el sentido que atribuí a su canto, apenas lo escuché por primera vez desde mi colina, Merrymusk. Se me ocurrió que algún rico nabab poseía un costoso Shangai. ¡Quién iba a imaginar que un hombre pobre como usted era dueño de este poderoso gallo de raza doméstica!

-¿Un hombre *pobre* como *yo*? ¿Por qué me llama pobre? ¿Acaso mi gallo no glorifica esta tierra, que sin él sería ignominiosa, mezquina, fea? Y toda esta glorificación, yo a usted se la paso gratis. Soy un gran filántropo. Soy un hombre rico... un hombre muy rico, y muy feliz. Canta, Clarín.

El techo vibró.

Volví a casa ensimismado. No estaba del todo convencido de la sensatez de los puntos de vista de Merrymusk, aunque me sentía lleno

de admiración por él. Seguía pensando en el asunto ante mi puerta, cuando escuché al gallo cantar otra vez. Es suficiente, Merrymusk tiene razón.

¡Oh, noble gallo! ¡Oh, hombre noble!

Después de esto, no vi a Merrymusk durante algunas semanas; pero al escuchar el canto glorioso y regocijante del gallo, supuse que sus asuntos seguían como de costumbre. Mi propio estado de ánimo era optimista. Me seguía inspirando el gallo. Vi acumularse otra hipoteca sobre mi plantación; pero sólo compré otra docena de botellas de cerveza fuerte, y una docena de docenas de cerveza de Filadelfia. Algunos parientes míos murieron; no usé luto, pero durante tres días bebí preferentemente cerveza fuerte, cuyo color es más oscuro que la de Filadelfia. Escuchaba cantar al gallo en el instante en que recibí las malas nuevas.

-¡Esta cerveza a tu salud, oh gallo noble!

Se me ocurrió volver a visitar a Merrymusk, ya que no lo había visto ni había

tenido noticias de él durante algún tiempo. Ya cerca del lugar, no advertí señales de movimiento alrededor de la cabaña. Sentí un extraño presentimiento. Pero el gallo cantó desde el interior, y mi presentimiento se desvaneció. Golpeé la puerta. Una voz débil me invitó a pasar. Ya no estaba extendida la cortina; ahora la casa entera era un hospital. Merrymusk yacía sobre un montón de ropa vieja; la esposa y los niños estaban todos en sus camas. El gallo se había posado en un viejo aro de tonel, colgado de la cumbre en medio de la cabaña.

-Está enfermo, Merrymusk -dije apenado.

-No, estoy bien -respondió débilmente-.

Canta, Clarín.

Algo me oprimió. El alma fuerte en el cuerpo débil me consternaba.

El gallo cantó.

El techo vibró.

-¿Cómo está la Sra. Merrymusk? -Bien.

-¿Y los niños?

-Bien. Todos bien.

Las últimas dos palabras las disparó en una especie de salvaje éxtasis de triunfo sobre el mal. Fue demasiado. Su cabeza cayó hacia atrás. Una servilleta blanca pareció caer sobre su rostro. Merrymusk estaba muerto.

Un miedo espantoso se apoderó de mí.

El gallo cantó.

El gallo sacudió su plumaje como si cada pluma fuera un estandarte. El gallo pendía del techo de la cabaña como antaño lo hicieron de la cúpula de San Pablo los estandartes conquistados. El gallo me aterrorizó por su descomunal portento.

Me acerqué a los lechos de la mujer y los niños. Advirtieron mi extraño temor; sabían qué había ocurrido.

-Mi buen hombre acaba de morir -dijo sin aliento y muy lentamente la mujer-. Dígame la verdad.

-Muerto -respondí yo. El gallo cantó.

Ella cayó hacia atrás sin un suspiro: murió de amor.

El gallo cantó.

El gallo echó chispas de su plumaje dorado. El gallo parecía inmerso en un raptó de benévolo deleite. Saltando desde el aro, subió majestuosamente al montón de ropa vieja sobre el que yacía Merrymusk, y se plantó a su lado como un tenante heráldico. Entonces lanzó una especie de canto de despedida, largo y triunfal, con la garganta muy echada hacia atrás, como si se propusiera que el sonido llevara al alma del aserrador de leña hasta el séptimo cielo.

Después se dirigió, como un rey, hacia el lecho de la mujer. Otro canto celestial y exaltado, que hizo pareja con el anterior.

La palidez de los niños se había transformado en resplandor. Sus rostros brillaban celestialmente a través del tizne y la suciedad. Parecían hijos de emperadores y de reyes, disfrazados. El gallo saltó sobre su cama, se estremeció y cantó, y volvió a cantar y cantó

una y otra vez nuevamente. Parecía dispuesto a cantar las almas de los niños fuera de sus cuerpos consumidos. Parecía dispuesto a reunir inmediatamente a toda la familia en lo más alto. Los niños parecían secundar sus esfuerzos. Enormes, profundos, intensos anhelos de liberación los transfiguraron en espíritus ante mis ojos. Vi ángeles donde ellos yacían.

Estaban muertos.

El gallo sacudió el plumaje sobre ellos. El gallo cantó. Ahora era como un ¡Bravo!, como un ¡Hurra!, como un ¡Tres veces tres, hip, hip, hurra! Marchó fuera de la cabaña. Lo seguí. Voló a la cúspide de la casa, extendió las alas cuan anchas eran, dejó oír una nota sobrenatural, y cayó a mis pies.

El gallo estaba muerto.

Si usted visita ahora esa región montañosa, verá, cerca de las vías del ferrocarril, justo al pie de la Montaña de Octubre, del otro lado del pantano... verá una lápida, no con una calavera y unos huesos cruzados, sino con un poderoso

gallo en el acto de cantar, grabado en ella, y a su pie las palabras:

Muerte, ¿dónde está tu aguijón?
Tumba, ¿dónde está tu victoria?

El aserrador de madera y su familia, con el Signor Beneventano, yacen en ese sitio. Yo los sepulté y coloqué la piedra, que es una piedra preparada por encargo; y nunca desde entonces volví a sentir lúgubres depresiones; en cualquier circunstancia, a cualquier hora que sea, canto un canto continuo.

¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí!